

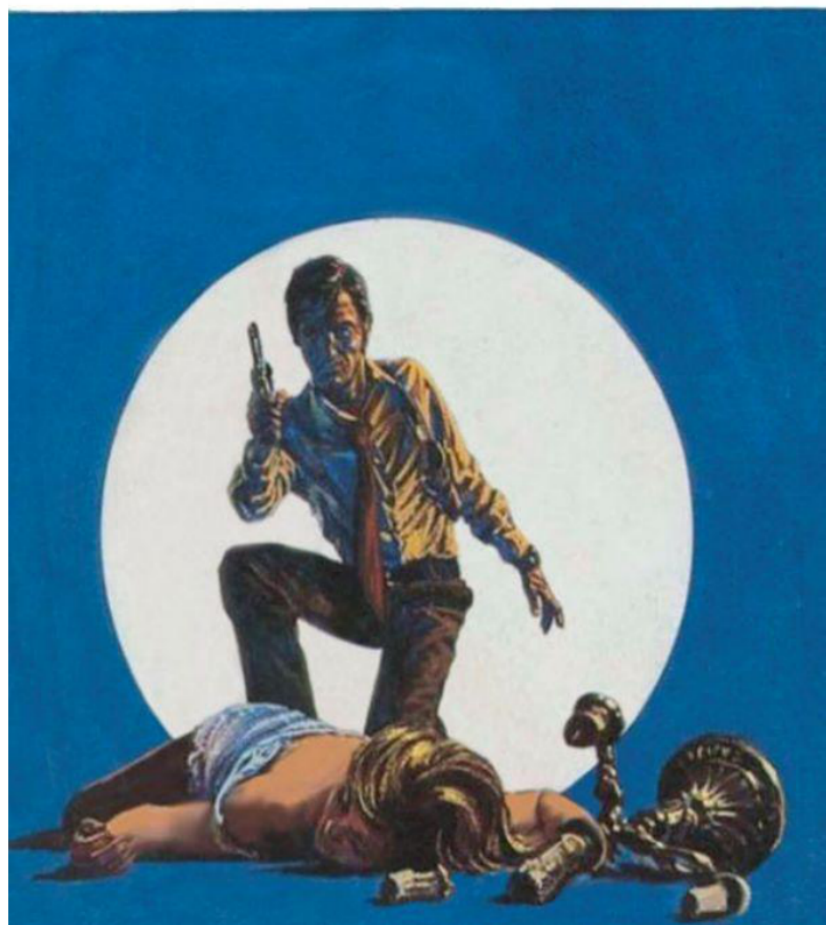
BOX LIBROS BALBUENA

PUNTO

ROJO

DUELO POR UNA RUBIA DIFUNTA

Clark Carrados



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

CLARK CARRADOS

DUELO POR UNA RUBIA DIFUNTA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 845
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 13.867 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1978

© Clark Carrados - 1978
texto

© Salvador Fabá - 1978
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

CAPÍTULO PRIMERO

La orquesta atacó los últimos compases de la obra. La batuta del director se movía imperativamente, dirigiendo hábil y certeramente a sus músicos. Con un estruendoso acorde final, que puso en pie al público que abarrotaba la sala del Slipher Concert Hall, la orquesta terminó la pieza y el concierto. El director, en su podio, se volvió e inclinó la cabeza repetidas veces, mientras agradecía los nutridos aplausos que le dedicaban los espectadores.

El concierto había terminado y los asistentes empezaron a desalojar la sala, mientras los músicos abandonaban el escenario. El director corrió a su camerino, donde ya le aguardaban periodistas y fotógrafos, además de entusiastas de la música que querían felicitarle personalmente y obtener autógrafos suyos. La sala, al fin, quedó desierta.

Sólo restaba un espectador. Era una mujer y debía de haberse dormido. Uno de los acomodadores reparó en ella.

—Nuestras butacas son demasiado mullidas —comentó jocosamente con un compañero.

—O ella es sorda —rió el otro.

—Voy a despertarla; también nosotros tenemos derecho a dormir.

El hombre avanzó a lo largo del pasillo, hasta la tercera fila. La espectadora, una hermosa rubia, que llevaba un traje muy escotado, continuaba inmóvil.

—Señora...

La rubia no contestó. El acomodador, inquieto, se mordió los labios. La rubia llevaba un vestido que casi no tenía tela en la parte superior. Tenía que tocarla en uno de los hombros desnudos y temía que ella se encrespase, por creer que se propasaba. Pero en vista de su silencio, se decidió a sacudirla un poco, agarrándola con suavidad por el codo izquierdo.

—Señora —repitió.

Entonces, la hermosa rubia se deslizó lentamente a un lado. Primero se arrodilló. Luego, su torso giró media vuelta y acabó por caer de espaldas, con la cabeza casi al borde del pasillo. Entonces fue cuando el asombrado acomodador vio la pequeña mancha roja que había en el centro del pecho de la mujer, justo entre los senos.

—¡Dios! —gritó—. ¡Jake, esta mujer ha muerto!

Kent Cayland había asistido la víspera al concierto, no porque fuese especialmente un melómano empedernido, sino porque había acompañado a una mujer cuyos favores trataba de conquistar. Ella sí era una melómana y quedó tan arrobada después del concierto, que ni siquiera le hizo caso. Cayland, frustrado, la dejó en la puerta de su casa y regresó a la suya, forjándose firmes propósitos de no intentar jamás la conquista de una mujer aficionada a la música sinfónica.

Por la mañana se levantó, pidió el desayuno a su ama de llaves y empezó a leer el periódico. Entonces fue cuando se enteró del extraño suceso.

La rubia había muerto a consecuencia del impacto de una bala de calibre 22. El proyectil había atravesado el corazón, lo que le había causado la muerte instantánea. Lo curioso del caso era que nadie había oído el disparo.

La policía tenía dos hipótesis: el asesino había hecho fuego justo cuando la última de las piezas interpretadas estaba en sus estruendosos acordes finales o bien había empleado un silenciador. Pero todavía había otro detalle, aún más extraño.

En Slipher City nadie conocía a la rubia difunta. No se sabía quién era y, en su bolso, no se había encontrado ninguna documentación que pudiera dar una pista sobre su personalidad. Lo único que habían encontrado en el bolso era una polvera, un lápiz de labios, otro para las cejas, una pitillera de metal sobredorado y un encendedor de marca vulgar. Según el periódico, los policías habían rastreado el escenario, en busca de huellas que permitiesen dar con el asesino, sin encontrar tampoco nada positivo.

Porque, tanto las declaraciones de los acomodadores que habían encontrado el cadáver, como del primer informe del forense, se deducía que el asesino había hecho fuego desde el escenario en el que la orquesta había actuado.

El periódico publicaba también una fotografía de la rubia muerta. El fotógrafo había tomado un primer plano de su rostro, sumamente atractivo. A Cayland, sin saber por qué, le recordó alguien conocido en el primer momento. Luego se dijo que era una tontería; él no había visto jamás a aquella mujer.

Una semana más tarde, Kent Cayland recibió una carta abultada, en cuyo interior encontró cincuenta billetes de a cien dólares y una nota escrita a máquina y sin firma, que decía:

*ENCUENTRE AL ASESINO DE THELMA WANDERER
Y RECIBIRÁ
20 000
DOLARES MAS*

Cayland se quedó pasmado al leer la nota. Durante unos segundos, estuvo contemplando los billetes con ojos incrédulos, preguntándose quién podía ser el chiflado que le enviaba nada menos que cinco mil dólares. Pero, sobre todo, ¿quién era Thelma Wanderer?

Largo rato permaneció pensativo, sin saber qué hacer. Los billetes, tenía cierta experiencia, le parecieron legítimos. Y, se dijo, nadie se desprende de cinco mil «pavos» a menos que tenga un motivo muy poderoso.

El motivo se llamaba Thelma Wanderer. Cayland no conocía en absoluto a aquella mujer. Examinó el sobre con gran atención. El matasellos indicaba que la carta había sido depositada en un buzón de San Diego, dos días antes. Pero Slipher City se encontraba a trescientos kilómetros de San Diego.

¿Quién le conocía y cómo podía saber que él era capaz de iniciar una investigación para encontrar al asesino de una mujer a la que no conocía en absoluto?

Después de muchas dudas, Cayland se decidió a visitar a un buen amigo suyo: el comisario de policía de Slipher City.

Media hora más tarde, entraba en el despacho del comisario. Roy Jackeby se levantó para saludarle afectuosamente.

—Bueno, creí que te habías olvidado de los amigos —sonrió Jackeby—. Ahora eres todo un personaje...

—Roy, soy el mismo de siempre —contestó Cayland—. Lo que

sucede es que el asunto de la herencia me ha tenido ocupado mucho más de lo que yo pensaba en un principio. Los asuntos de tía Hester estaban más enrevesados de lo que se calculó. El abogado que tenía era ya viejo y su pasante principal resultó ser un pillo. Si tía Hester se descuida, hubiera acabado en un asilo de ancianos.

—De todos modos, algo ha quedado... y ese pasante infiel, gracias a ti, está ahora en la cárcel para un montón de años. Bien, ¿puedo servirte en algo, Kent?

Lentamente, en silencio, sin pronunciar una sola palabra, Cayland entregó al comisario la carta que acababa de recibir aquella misma mañana. Jackeby la leyó en silencio y luego alzó la vista para mirar a su visitante.

—Notable, muy notable —dijo al cabo—. Pero ¿quién es Thelma Wanderer?

—Mientras venía hacia aquí, he pensado en una posibilidad. Como tú, no conozco a la señora o señorita Wanderer, aunque me imagino quién es. Mejor dicho, quién fue.

—Vamos, suéltalo ya, Kent.

—Es la rubia que murió misteriosamente en el Concert Hall.

Jackeby abrió la boca.

—Por todos los diablos...

—¿Has hecho indagaciones acerca de su identidad?

El comisario alzó las dos manos.

—He hecho lo imposible... No hay huellas tuyas en los archivos del FBI... No sirvió jamás en una oficina gubernamental, tampoco en el Ejército, la Marina ni la Aviación... Oye, la nota habla de cinco mil dólares.

—Ya están en el Banco, Roy.

—En otro tiempo, ese dinero te hubiese venido muy bien —sonrió Jackeby.

—Deja eso a un lado. No soy un ricachón, aunque lo parezca. Claro que tampoco tengo que pedir limosna. Pero si la rubia asesinada en el teatro es Thelma Wanderer, el caso se presenta fascinante.

Jackeby se echó hacia atrás en el sillón y empezó a golpear los dientes con el cabo de un lápiz.

—Nadie la vio llegar a la ciudad —contestó—. El único que recuerda algo es el portero, que tomó su *ticket* de entrada para el

concierto. La vio guapísima... pero también había otras mujeres hermosas en el Hall.

—Una mujer hermosa, que llega a un teatro, ataviada espectacularmente... ¿se te ocurrió investigar si había llegado en su coche?

—No quedó ningún coche abandonado en las cercanías del teatro. Han aparecido después varios, todos ellos de conocidos ciudadanos de Slipper City, a los que se los habían robado jovencitos desaprensivos para correrse una juerga. Si hubiese quedado algún coche abandonado, desconocido...

—Sí, ya sé, estaría en el parque de la policía. Roy, ¿te importa que investigue?

Jackeby movió una mano.

—Adelante, Kent, y suerte —contestó.

Cayland se puso en pie.

—Una pregunta más, Roy.

—¿Sí?

—¿Puedes decirme el nombre del portero que tomó la entrada de la rubia?

Jackeby escribió algo en un papel y se lo entregó a su visitante.

—Aquí tienes —indicó—. Pero, me parece, no conseguirás nada que nosotros no hayamos conseguido antes.

—¿Quién sabe? Otra pregunta, por favor.

—Adelante, Kent.

—¿El cuerpo de la rubia...?

—Sigue en uno de los frigoríficos de la Morgue. Pasado un mes, la enterraremos, por cuenta del municipio, si alguien no ha reclamado antes el cuerpo. Es la ley, Kent.

—Lo sé. Gracias, Roy.

—No seas tan caro de ver, muchacho.

—Descuida.

Una hora más tarde, Cayland llamaba a una puerta, que se abrió casi en el acto. Una mujer de mediana edad y rostro agradable le miró inquisitivamente.

—¿Sí?

—Busco a Dave Trugg, señora. Soy abogado... —Cayland puso una tarjeta de visita en la mano de la mujer.

—Es mi esposo —contestó ella—. ¡Dave, sal, quieren hablar

contigo! —llamó.

Trugg apareció a los pocos momentos, en mangas de camisa y con los tirantes caídos y un periódico en la mano.

—Soy el abogado Cayland —se presentó el visitante.

—Oiga, no iré a ponerme un pleito... —dijo Trugg, alarmado—. No he tenido follones con nadie desde hace muchos meses...

Cayland sonrió.

—No tema, señor Trugg —aseguró—. Mi visita es puramente... personal. Aunque ya sé que la policía le ha interrogado, yo quiero que me diga todo lo que sepa respecto de la rubia que apareció muerta de un tiro en el Slipher Concert Hall.

El rostro de Trugg expresó alivio de inmediato.

—Ah, la rubia... Pobre chica. ¿Quién iba a imaginarse que le pasaría una cosa semejante? Yo la vi llegar, sí, señor, y me pareció algo extraordinario... Pero, claro, en mi puesto, uno no puede permitirse ciertas libertades...

—Sí, me lo supongo —sonrió Cayland—. Dígame, ¿llegó en su coche?

—Oh, no, en un taxi, que se detuvo justo frente a la entrada. Se apeó, caminó unos pasos, abrió el bolso, me entregó el *ticket*...

—Un taxi —repitió Cayland—. Oiga, ya me imagino que usted tenía los ojos puestos en la rubia, pero, por casualidad, ¿no se fijó en el taxista?

—Por cierto que sí, señor —respondió Trugg—. Me fijé en él, porque es un buen amigo mío. Teddy Malí me hizo un guiño, como diciéndome «Vaya hembra»... Usted perdone, pero en esos momentos, ¿quién podía pensar que la iban a asesinar...? Yo, claro, tenía la cara como un poste...

—De modo que el taxista se llama Teddy Malí.

—Sí, señor.

—Y sabe dónde vive.

—Claro. Calle Dieciséis, cincuenta.

Cayland sonrió. Metió la mano en el bolsillo, sacó un par de billetes y se los entregó a Trugg. Iba ya a marcharse, cuando, de repente, se acordó de un detalle.

—Amigo Dave, usted, asegura, se fijó en la rubia cuando llegó al teatro. Por lo que yo sé, ella fue encontrada muerta vestida solamente con el traje de noche. Pero parece extraño que no llevase

abrigo de pieles o una estola...

—Sí. —Trugg chasqueó los dedos—. Llevaba una estola de armiño. La dejaría en el guardarropa, seguro. ¿Por qué no le pregunta a Minnie? Es la encargada del guardarropa.

—Minnie, ¿qué más?

—Simpson. Vive en la calle Earthane, setenta y cinco.

—Gracias, Dave.

CAPÍTULO II

Cayland llamó a la puerta y aguardó unos momentos. En vista de que no contestaba nadie, volvió a insistir.

Meneó la cabeza. Teddy Malí debía de andar dando vueltas con su taxi, llevando y trayendo clientes. Tendría que verle a la noche, se dijo.

De pronto, le pareció ver que la puerta no estaba cerrada por completo. Asiendo el pomo, la hizo girar. Al asomar la cabeza, vio algo que le dejó sin respiración.

Había un hombre tumbado en el centro de la estancia, con los brazos separados del cuerpo y la pierna derecha, doblada en ángulo recto, bajo la izquierda. En el centro de su camisa se veía una mancha de sangre, ya oscura.

Durante unos segundos, Cayland permaneció inmóvil. No tenía ninguna prueba en concreto, pero estaba seguro de que la muerte de Malí estaba íntimamente relacionada con la de la rubia desconocida.

Era inútil, se dijo, buscar rastros comprometedores. El asesino debía de haber actuado con suma discreción. Incluso era posible que hubiese utilizado un silenciador. Avanzando un par de pasos, se inclinó sobre el cadáver.

El orificio del proyectil era muy pequeño. Probablemente, se había empleado la misma arma que sirvió para asesinar a la rubia. Pero ¿por qué había tenido que morir también Teddy Malí?

De repente, creyó oír un ruido extraño en el interior del apartamento. Saltó por encima del cadáver, corrió al dormitorio y vio a una mujer que intentaba salir por la ventana a la plataforma de la escalera de incendios.

Fue más rápido, sin embargo, que la desconocida, y pudo agarrarla por un tobillo, cuando ya tenía todo el cuerpo fuera. Ella forcejeó y Cayland la agarró por la cintura, Arrojándola sobre la

cama sin complejos de ninguna clase. La falda, muy corta, se subió un tanto, permitiéndole ver unas piernas preciosas y los portaligas negros, que sujetaban las medias color humo.

—¡Yo no soy la asesina! —gritó ella—. Ya estaba muerto cuando llegué...

Cayland quedó parado frente a la desconocida, con las manos en los costados.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—¿Y usted? —replicó ella agudamente.

—Cayland, abogado.

La chica se sentó en la cama y se atusó el cabello revuelto.

—Lisbeth Rwoff Contestó.

—Está bien, señorita Rwoff. Dígame usted, ¿qué hacía aquí?

—Vine a hablar con el señor Malí y me lo encontré muerto. Se lo juro; ya lo habían matado... Pero usted no es policía y no tiene derecho a interrogarme.

—Descuide, ya lo hará el comisario. ¿Me permite su bolso?

Lisbeth sonrió, a la vez que se ponía en pie.

—No encontrará ningún arma —dijo.

—Por si acaso...

En el bolso, efectivamente, no había ninguna pistola. Después de examinarlo, Cayland se lo devolvió a su dueña, mientras la examinaba críticamente de pies a cabeza. Era una chica de mediana estatura, delgada, bien formada, con un traje de chaqueta color crema.

—¿Por qué no me cuenta lo que hacía en esta casa? —solicitó.

Lisbeth se mordió los labios.

—Quería hablar con Teddy —contestó.

—¿Por qué?

—Él fue quien llevó a Thelma al teatro.

—Ah... Thelma Wanderer.

—Sí. ¿La conocía usted?

—No. Usted, sí, por lo visto.

Los ojos de Lisbeth se llenaron de lágrimas repentinamente.

—Traté de disuadirla, pero no me hizo ningún caso...

—¿Cómo? —Respingó Cayland—. ¿De qué iba a disuadirla?

—Ella me dijo que era un asunto importante, de muchos miles de dólares. Aunque éramos buenas amigas, había cosas que me

ocultaba, sin embargo. Pero, por lo poco que me dijo, sospecho que se trataba de un caso de chantaje.

—Chantaje, ¿a quién?

—No lo sé. Eso no me lo dijo nunca... pero yo tengo entendido que los chantajistas, tarde o temprano, terminan mal. Por eso no quería que viniese a Slipher City.

—De modo que ella no vivía en esta población. ¿En dónde, si se puede saber?

—San Diego. Temamos un apartamento en común... Cuando leí la noticia de su muerte, creí desmayarme... Pero me dije que no podía consentir que su muerte quedase impune...

—O tal vez quería una tajada del succulento pastel que Thelma pensaba sacar de un horno bien provisto.

—¡No! —protestó Lisbeth con gran vehemencia—. Eso no... Yo le estaba muy agradecida a Thelma...

Cayland movió una mano.

—Creo que estamos omitiendo algo muy importante —interrumpió a la chica—. Espere un momento; es preciso que llamemos a la policía.

—Sí, tiene razón.

Cayland se encaminó hacia el teléfono y marcó un número. No tardó en escuchar la voz de su amigo Jackeby.

—Roy, tengo algo para ti —dijo—. La rubia fue al teatro en un taxi.

—Sí, lo sabía. Pero no saqué nada importante al taxista...

—Quizá alguien creyó que podrías conseguirlo más adelante. Está muerto, posiblemente, con la misma arma que mató a la rubia.

Cayland escuchó un fuerte resoplido al otro lado de la línea. Luego Jackeby dijo:

—No te muevas de ahí y no toques nada, por favor. Vamos ahora mismo.

—Descuida, Roy.

Cayland colgó el teléfono y se volvió.

—La policía vendrá en seguid...

No pudo terminar la frase. Lisbeth, silenciosamente, había desaparecido. Desde el lugar en que estaba, podía ver abierta la ventana del dormitorio. El viento hacía ondear las cortinas de muselina.

Torció el gesto, contrariado por la fuga de la chica. Lisbeth había aprovechado aquellos momentos de distracción, para escapar en silencio.

De pronto, vio algo en el suelo del dormitorio. Avanzó unos pasos, se inclinó y recogió una tira de fósforos y un cigarrillo sin encender.

La tira de fósforos tenía en la solapa el anuncio de un motel de Slipher City. En un principio, Cayland llegó a pensar que había pertenecido a Malí, pero no tardó en rectificar su primera opinión. En el cigarrillo no encendido había rastros de carmín.

Se imaginó lo sucedido. Lisbeth se había puesto nerviosa al encontrarse con el cadáver de Malí. Sin duda, había querido encender un cigarrillo, pero tanto la tira de fósforos como el pitillo se le habían caído de las manos cuando oyó el ruido de la puerta que se abría. El gesto de contrariedad que se había dibujado en el rostro de Cayland dejó paso a una sonrisa.

—Bien, muchacha —murmuró—. Puesto que has venido a Slipher City para averiguar quién mató a la rubia, no te marcharás tan pronto. Ya nos veremos, Lisbeth Rwoff.

Los camilleros se llevaron el cuerpo de Malí. Jackeby se echó hacia atrás el sombrero de uniforme.

—Bien, Kent, dime, ¿qué opinas de este asunto?

Cayland agarró a su amigo por un brazo.

—Iremos en mi coche —dijo—. Haz que uno de tus subordinados se lleve el tuyo.

—De acuerdo.

Momentos después, entraban en el coche. Entonces, Jackeby formuló una pregunta a su amigo:

—¿Adónde vamos, Kent?

—Calle Earthane, setenta y cinco. Allí vive Minnie Simpson, la encargada del guardarropa. Thelma Wanderer llegó al teatro, con los hombros cubiertos por una estela de armiño. Cuando la encontraron muerta, la estela no se hallaba junto a ella.

—Oh, comprendo...

—Esa estola de pieles tendrá alguna etiqueta. Podemos obtener información de la etiqueta, Roy.

—La verdad es que no se me había ocurrido —declaró Jackeby, muy avergonzado—. Kent, yo no soy un verdadero policía...

Cayland contuvo una sonrisa. Sí, Jackeby tenía razón. Ocupaba el puesto por influencias políticas. Slipher City no era una población demasiado grande y nunca había asuntos demasiado complicados. La muerte misteriosa de una rubia a la que nadie conocía, era algo superior a las fuerzas del pobre Jackeby.

—Descuida, Roy; yo te ayudaré en todo lo que pueda —dijo.

Un cuarto de hora más tarde, llamaban a la puerta del apartamento donde vivía la encargada del guardarropa. Minnie apareció a los pocos instantes y respingó al ver el uniforme del policía.

—¡Jefe! —exclamó.

—Hola, Minnie —dijo Jackeby—. Queremos una cosa de ti, no temas, no es nada malo.

—Bueno —contestó la mujer—, yo soy decente... al menos, en ciertos aspectos...

Cayland asintió. Conocía la fama de Minnie. Era una mujer de unos treinta y cinco años, de grandes pechos y sólidas caderas, divorciada, y que solía acoger huéspedes por unas horas o una noche, mediante un estipendio. No era nada que se le pudiera reprochar legalmente, puesto que, además, tenía el empleo del teatro.

—Se trata de la rubia asesinada —dijo Jackeby.

—Oh, sí, la recuerdo. Tan joven y tan guapa... —Minnie suspiró y los dos hombres pudieron escuchar claramente el crujido de las costuras de su repleto sujetador—. Además, se portó tan graciosa, tan simpática...

—Llevaba una estola de armiño —dijo el comisario—. ¿Dónde está, Minnie?

—En el guardarropa, claro. Nadie vino a reclamarla... Tengo allí un armario, en el que guardo las cosas que la gente se olvida... Lo cierro con llave, comisario.

—Está bien, Minnie. ¿Quieres acompañarnos?

La mujer se mordió los labios.

—Prefiero dejarles la llave —contestó, evasiva—. Ustedes son personas decentes y sé que no tocarán nada de lo que guardo en el armario.

—Gracias, Minnie.

Un minuto más tarde, Cayland y Jackeby estaban de nuevo en la

calle. El comisario sonrió.

—Minnie debía de tener algún invitado en su casa —dijo.

Cayland, preocupado por otro asunto, hizo un distraído gesto de aquiescencia. Al sentarse tras el volante, dijo:

—Roy, por lo que sé, en el bolso de la rubia no se encontraron más objetos que una polvera, dos lápices, de cejas y de labios, una pitillera y un encendedor. ¿No te parece todo esto un poco raro?

—Bueno, no sé qué decirte...

—En el bolso no había un solo centavo, ni tampoco una billetera con su documentación personal, ni siquiera la contraseña del guardarropa. ¿Por qué?

Jackeby hizo un ademán de impotencia.

—Kent, todo esto es superior a mis fuerzas... ¿Por qué no te encargas tú del caso? Puedo nombrarte ayudante eventual... La ley me autoriza, tú lo sabes bien.

Cayland meditó algunos segundos. Luego respondió:

—De acuerdo, con una condición. Mantendrás el nombramiento en secreto y no lo dirás siquiera a tus más próximos subordinados. Mucho menos, claro está, a la Prensa. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Kent —suspiró Jackeby, muy aliviado.

CAPÍTULO III

Había un conserje, encargado del cuidado del teatro y que residía con su familia en un apartamento que formaba parte del mismo edificio. Jackeby fue el encargado de hacerle abrir la puerta y ocuparse de encender las luces correspondientes. Una vez dentro, los dos hombres se dirigieron rectamente al guardarropa.

El armario indicado por Minnie estaba allí, pero abierto de par en par y con claras señales de haber sido forzada la cerradura. Había tres paraguas, un impermeable, cuatro o cinco sombreros, un abrigo de paño... pero ni el menor rastro de una estola de armiño.

Jackeby lanzó una exclamación. Cayland, con toda tranquilidad, encendió un cigarrillo.

—Casi me lo esperaba —dijo filosóficamente.

—Esto se complica... ¿Cómo diablos han podido?

—El edificio tiene varias puertas, además de algunas ventanas que no están a demasiada altura del suelo. Entrar aquí sin llave, es tan fácil como tirarse de cabeza a una piscina llena de agua.

—Tornaré huellas dactilares de esa puerta...

—No te molestes, Roy. Probablemente, sólo encontrarás las de Minnie. El ladrón, quienquiera que sea, utilizó guantes. Pero se me ha ocurrido una idea. —Cayland se volvió hacia el conserje, que aguardaba expectante a unos pasos de distancia—. Señor Witt, ¿quiere encender todas las luces, por favor?

—Sí, señor, al momento.

Cayland hizo un gesto con la mano.

—Sígueme, Roy.

Momentos después, los dos hombres estaban en el escenario, del que ya habían sido retirados los estrados, en forma de grada, ocupados por los componentes de la orquesta durante el concierto. En aquel teatro, aparte de veladas musicales, se interpretaban funciones teatrales y de *ballet*.

Desde el escenario, Cayland contempló la tercera fila de butacas, en el lado de los pares. Thelma Wanderer había ocupado la butaca seis, la tercera a contar desde el pasillo. La distancia, calculó Cayland, resultaba un tanto excesiva para un arma de pequeño calibre. O el asesino poseía una puntería excepcional o...

—¡Señor Witt! —llamó de pronto. El conserje había quedado en la entrada del patio de butacas—. El telón que hay ahora, ¿es el mismo que se utilizó durante el concierto?

—No, señor, pero si lo desea, puedo hacerlo descender...

—Hágalo, por favor. —Cayland se volvió hacia su amigo—. Soy tu ayudante —continuó a media voz—, pero tú también tendrás tu parte de trabajo, Roy.

—Lo que digas, Kent —respondió Jackeby.

—La orquesta es famosa internacionalmente y establece sus contratos con meses de antelación. Por tanto, cada vez que es contratada para actuar en una localidad, se anuncia debidamente, a fin de que los interesados en escucharla, adquieran sus localidades con tiempo. Yo lo digo, porque compré mi *ticket* nueve semanas antes. Supongo que la inmensa mayoría de los asistentes harían lo mismo.

—Claro. A mí no me gusta demasiado este rollo de la música tan seria, pero a mi mujer le pirra... Bueno, lo que ella quería era lucirse entre la gente importante y me hizo encargar dos butacas, para ella y su hermana. Tuvimos que pedir las diez semanas antes, Kent.

—Otro tanto a mi favor —sonrió Cayland—. Bien, en tal caso, te vas a encargar de hablar con el encargado de la reserva de localidades. Todos los que reservaron una butaca con tiempo, tuvieron que dar su nombre. Quiero conocer los nombres de las personas que ocuparon las butacas contiguas a las de Thelma, es decir, las números dos, cuatro, ocho y diez. ¿Entendido, Roy?

—Descuida. Hoy mismo tendrás la respuesta.

El conserje se asomó al escenario:

—Señor Cayland, ya está listo el telón —informó.

—Vamos allá, Kent —dijo el joven.

Los dos hombres cruzaron los bastidores y pasaron al otro lado del telón utilizado el día del concierto. Cayland lo examinó durante unos minutos, con la cabeza en alto y, de pronto, agitó la mano:

—Una escalera de tijera, por favor —pidió.

Witt corrió a buscarla. Cayland tuvo que subir casi hasta el vértice, desde donde pudo examinar a su placer la cara interior del telón. Satisfecho, descendió de nuevo y se encaró con su amigo.

—Aquí había gente durante el concierto, o debía de haberla. Investiga quién se encontraba en esta parte del escenario, en el momento en que iba a finalizar el concierto.

—Sí, pero ¿qué has encontrado, Kent? —preguntó Jackeby, sumamente intrigado.

Cayland lo agarró de un brazo y se lo llevó hacia la salida.

—A cuatro metros del suelo, es decir, un punto desde el cual se domina perfectamente, no sólo la orquesta, sino también el patio de butacas, hay un agujero hábilmente disimulado. El asesino, con tiempo, porque Thelma tuvo que encargar su localidad previamente, como todos, hizo ese agujero con un cuchillo muy afilado, dejándolo luego pegado por medio de una cinta adhesiva. El orificio tiene forma cuadrada y sólo cortó tres de los lados. El cuarto era como la bisagra que hacía girar el trozo de tela, ¿entiendes? Con el estruendo de ochenta y tantos instrumentos en los acordes finales, la vista fija en los rudos movimientos del director, nadie se fijó en un agujero que no tiene más de cinco centímetros de lado, suficiente para el paso del cañón de una pistola y, claro está, de los rayos visuales que permitieron al asesino apuntar directamente al pecho de la víctima. Apenas disparó, volvió a pegar el cuadrado, ya que tenía prevenida la cinta adhesiva en los tres lados del trozo cortado, descendió de la escalera y se confundió con los tramoyistas que aguardaban entre bastidores el final del concierto, para contemplar ese espectáculo tan agradable que es el final de una pieza magistralmente interpretada, los aplausos, los vítores y bravos, las inclinaciones del director, agradeciendo las ovaciones... El asesino sabía muy bien lo que iba a ocurrir y por eso pudo actuar con toda impunidad. Habla con los tramoyistas, Roy —finalizó Cayland.

—Lo haré —prometió Jackeby.

Salieron del teatro. Cayland ofreció un cigarrillo a su amigo.

—Y, todavía más: si ella no lo hizo por sí, alguien reservó una butaca para Thelma Wanderer. Que es lo mismo que se le hubiese reservado un asiento para su ejecución.

—Averiguaré todo eso —dijo Jackeby, ceñudo.

Cayland sonrió y dio una palmada en el hombro de su amigo.

—Anda, sube al coche; te dejaré al pasar por Jefatura —dijo.

—¿Qué vas a hacer mientras, Kent?

—Ya lo sabrás a su debido tiempo —contestó el joven, evasivo.

Salió de la ducha, se secó el cuerpo, metió los pies en unas zapatillas de alto tacón y pasó a la salita, donde tenía sus ropas. Cuando se agachaba para recoger las prendas íntimas, vio a un hombre sentado en el butacón del ángulo opuesto.

Lisbeth lanzó un chillido y corrió a esconderse en el cuarto de baño.

—¡Salga, salga de aquí o llamaré a la policía!

Cayland se echó a reír. Poniéndose en pie, fue al diván donde estaban las ropas de la chica y, con ellas en la mano, se acercó a la puerta del baño.

—¿De veras quiere que llamemos a la policía?

—Deme las ropas, tipo fresco...

—Ah, ah... Lo más que le permito es ponerse una toalla en torno al cuerpo. ¿Le han dicho alguna vez que tiene una figura excepcional?

—Nadie me ha visto desnuda...

—Entonces, soy un hombre afortunado. Lisbeth, ¿hablamos o me marchó?

—¡Márchese!

—Muy bien, pero me llevaré todas sus ropas. Así tendrá que denunciarme a la policía...

La puerta del baño se abrió. Lisbeth, envuelta en una toalla no demasiado grande, se hizo visible, con la cara roja de vergüenza.

—Sujeto lascivo y desaprensivo —le apostrofó—. ¿Qué quiere de mí?

—Hablar. Usted se escapó de casa de Malí cuando yo estaba llamando a la policía.

—No quería que me encontrasen allí.

—Yo la había encontrado, Lisbeth.

—¿Cómo sabía que me alojaba en este motel? —preguntó la chica, cayendo repentinamente en la cuenta de que Cayland había sabido dar con ella.

—Usted iba a fumar cuando yo llegué. En su precipitación, dejó

caer al suelo un cigarrillo y una tira de fósforos que le dieron en este motel.

—Oh... —Lisbeth se mordió los labios—. Pero le juro que no maté a Malí, señor Cayland.

—Llámeme Kent, no soy tan viejo. —Sonrió él—. Y, dígame, ¿qué la hizo venir desde San Diego?

—Y a lo sabe: Thelma murió...

—Y era amiga suya y usted le debía un favor. Le habló también de un chantaje, pero ¿no le dio más detalles?

—No. Sólo dijo que era un asunto que podía solucionar su vida definitivamente.

—La solucionó, no cabe duda. ¿A qué se dedicaba Thelma en San Diego?

Lisbeth bajó la mirada.

—Bueno... Era artista de *strip-tease*... Tenía éxito, pero estaba harta del oficio. A veces, tenía que hacer cosas que no le gustaban.

—¿Por ejemplo?

—Acudir a fiestas.

—Con otras chicas.

—Sí.

—Prostitución de altos vuelos.

Lisbeth volvió a ponerse colorada.

—Si —admitió en voz baja—. Yo también fui una vez...

Thelma consiguió evitar que siguiera por ese camino. Me procuró un empleo decente.

—¿Qué clase de empleo, Lisbeth?

—Cajera en unos grandes almacenes. El dueño era amigo de Thelma.

—Los que asistían a las fiestas, ¿eran todos gente de San Diego?

—No. La inmensa mayoría solían ser forasteros. Esas fiestas se celebraban en una residencia, fuera de la ciudad, propiedad del dueño del local donde actuaba Thelma. Es un nombre muy importante, con muchas relaciones... y si una chica quería ser algo, tenía que asistir a esas fiestas y dejarse hacer las mil y una porquerías. Algo asqueroso, créame.

—La creo, Lisbeth —contestó Cayland gravemente—. Usted fue una vez, ha dicho.

—Sí, aunque conseguí escapar de allí, apenas vi el cariz que

tomaba el asunto. Esa propiedad está rodeada por una tapia muy alta, protegida, además, por pinchos de hierro, pero Thelma hizo unas cuantas carantoñas al vigilante de la entrada y consiguió que me abriese la puerta. Por eso la consideraba yo como una verdadera amiga. Ella podía ser... lo que fuese, pero tenía un corazón de oro.

—Sí, suele suceder así. Lisbeth, si Thelma le habló de un chantaje, es que había gente de Slipher City en aquellas fiestas.

—Supongo, no lo sé. Ya le he dicho que Thelma no me dio más detalles.

—Bien, ha venido aquí, pero no ha conseguido nada... excepto intentar conversar con el taxista que llevó a Thelma al teatro. ¿Cómo lo supo?

—Oh, ella vino a Slipher City y se alojó en este motel. Desde aquí, poco antes de la hora del concierto, pidió otro taxi... Yo me supuse lo que había hecho, hablé con las oficinas de la compañía de taxis y me dijeron que Malí era el que la había llevado desde el motel al teatro, así de sencillo.

Cayland se pasó una mano por la cara.

Sí, muy sencillo, pensó. Una chica forastera, una simple cajera en unos grandes almacenes, había averiguado en media hora lo que un policía no había conseguido en una semana. Roy Jackeby era gran amigo suyo, pero las malditas influencias políticas le habían elevado a un puesto para el que era absolutamente incapaz. Quizá por eso mismo era comisario de policía, se dijo.

—Bueno, pero Thelma llegó aquí desde San Diego...

—En otro taxi, que se marchó inmediatamente, apenas romo ella una habitación en el motel —explicó Lisbeth—. Me lo ha dicho el encargado de la recepción. Además, Thelma vino aquí disfrazada, con ropas muy severas y una peluca morena, de peinado discreto, y gafas que parecían graduadas. Se inscribió con el nombre de Jenny Smith y, a las siete y media, pidió un taxi para acudir al concierto.

—¿No la vio salir nadie con su aspecto que tenía cuando fue asesinada? —se asombró Cayland.

—Kent, fíjese en el motel —exclamó la chica—. Está compuesto por cabañas independientes unas de otras. Usted ha entrado en la mía y nadie lo sabe...

—El recepcionista, sí. Yo se lo pregunté. No irá a creer que he estado registrando todas las casitas una por una.

—Bueno, el caso es que el recepcionista pidió un taxi. Cuando llegó, lo envió a la cabaña número doce, que era la de Thelma. Esa cabaña no se ve desde la recepción... ¡Hombre, pero si esto casi parece un *camping*!

Sí, la chica tenía razón, pensó Cayland. Había una treintena de apartamentos individuales, edificadas en un terreno con abundancia de arbolado y senderos lo suficientemente anchos para que los automóviles de los huéspedes pudieran circular sin dificultad. Por tanto, Thelma había podido subir al taxi, ataviada con su vestido de fiesta, sin ser vista con su nuevo aspecto por el encargado de recepción quien, sin duda, se habría extrañado de ver salir a otra mujer de la cabaña alquilada por Jenny Smith.

De súbito, concibió una idea.

—¡Lisbeth, en la cabaña número doce, sin duda, deben de quedar objetos personales de Thelma! O tal vez, el recepcionista, al ver que no regresaba, los guardó...

La cabeza de la chica se movió negativamente.

—Ya lo he preguntado —contestó—. Al día siguiente, en vista de que Thelma no regresaba, el recepcionista fue a su cabaña y la encontró completamente vacía. Alguien entró durante la noche y se llevó todo cuanto ella había traído consigo.

Cayland reflexionó durante algunos instantes. Luego dijo:

—Este asunto se presenta más complicado de lo que parece, aunque, por lo visto, no hay duda de que están involucradas en él ciertas personas que residen en Slipher City.

—Sí, claro. De otro modo, ¿por qué tenía que venir Thelma a esta ciudad?

Lisbeth continuaba todavía con la toalla en torno al cuerpo.

—Si no le importa, iré a vestirme —añadió.

Cayland hizo un gesto con la mano. Thelma había llegado a la ciudad para hacer un chantaje... pero sólo con su palabra, pensó, no podría sacar dinero a las personas presuntamente involucradas en actos que deseaban mantener ocultos. ¿Había tomado fotografías de aquellas orgías?

Lisbeth salió minutos después del baño, ataviada con un sencillo traje amarillo, sin mangas y de falda muy corta.

—Tengo que salir a comer algo —dijo—. Aquí no sirven comidas...

De pronto, lanzó un chillido.

—¡Mi bolso! Me lo han robado.

Cayland respingó.

—¿Está segura?

—Lo dejé en el diván, cuando fui al baño... Oiga, usted no...

—No tengo por costumbre robar bolsos de señora —respondió Cayland con cierta aspereza—. ¿Había algo importante en su bolso?

Lisbeth suspiró.

—Aparte de la documentación, todo mi capital: trescientos veinte dólares —respondió—. Ahora, no sólo no tengo para comer, sino que ni siquiera podré pagar la cuenta del motel.

Estaba muy desanimada. Cayland sonrió.

Voy a proponerle una cosa —dijo—. Yo me encargaré de pagar la cuenta del motel. Luego puede alojarse en mi casa, hasta que quiera marcharse de Slipher City.

Lisbeth le miró desconfiadamente. Cayland se puso las manos en el pecho.

—Le juro que mis intenciones son absolutamente honestas —agregó.

Hubo un instante de silencio. Luego, Lisbeth dijo:

—Las circunstancias me obligan... Además, usted tiene cara de buena persona, aunque no puedo olvidar cómo ha entrado y la forma en que me ha visto.

Cayland se echó a reír.

—Fueron las circunstancias —exclamó jovialmente—. Ande, prepare su equipaje. Le aseguro que no quedará descontenta del hospedaje que voy a proporcionarle.

CAPÍTULO IV

Muda de asombro, Lisbeth, que viajaba en el coche descapotable de su anfitrión, contempló la enorme casa, situada en el centro de un extenso parque en el que abundaban los robles, los tilos y hasta media docena de cedros de indiscutible antigüedad. Había grandes extensiones de césped, fresco y brillante, por el riego de aspersión, que funcionaba en aquellos momentos, y también divisó parte de una gran piscina, situada al otro lado del edificio, con fachada neoclásica, cuyo elemento principal de decoración eran las seis columnas de estilo dórico, que sustentaban el frontón. En la puerta, una mujer de mediana edad, vestida de gris, acogió cortésmente a los recién llegados.

—Señora Altman, le presento a la señorita Rwoff, mi invitada durante... bien, el tiempo que quiera permanecer aquí. Lisbeth, le presento a mi ama de llaves.

—¿Cómo está usted, señora Altman? —dijo la chica con timidez.

—Encantada, señorita —contestó el ama de llaves—. Si tiene la bondad de seguirme, le enseñaré su habitación...

—Ah, Lucie, ponga mesa para dos —exclamó Cayland—. Mi invitada tiene hambre.

—Sí, señor. Sígame, señorita Rwoff.

Pasmada de asombro, Lisbeth entró en la casa y observó el suelo de mármol, espejeante. Del vestíbulo arrancaba una gran escalinata, con balaustrada también de mármol que, dividiéndose en dos ramas, conducía al piso superior. El corredor era en voladizo y contorneaba por completo el anchuroso vestíbulo, y estaba sostenido por una doble hilera de columnas de mármol rojo oscuro, vetado de negro.

Lisbeth vio también algunos cuadros, de hermosos marcos, y hasta un par de armaduras. Con la boca abierta por el asombro, se volvió hacia su anfitrión:

—Esto parece el palacio de la Bella Durmiente —dijo.

Cayland sonrió.

—Es un poco más modesto, pero no se vaya a creer que lo he construido yo. Tiene casi cien años y... Siga, siga, ya hablaremos durante la cena.

Lisbeth se dejó llevar al piso superior. Aturdida, entró en una enorme habitación, decorada con un colosal lecho, con dosel sostenido por columnas salomónicas, de brillante caoba. Las cortinas eran de color amarillo pálido y hacían juego con el empapelado de la habitación y las ropas de cama y el tapizado de los muebles. En una de las paredes, divisó una chimenea, con repisa de mármol, sobre la que había el retrato de una mujer muy hermosa, ataviada con un vestido blanco, adornado en la cintura por un lazo de color azul pálido. La mujer llevaba una gran pámela y tenía al lado un galgo ruso.

—Es el retrato de la señorita Starlake, tía del señor —explicó el ama de llaves.

—Fue toda una belleza —murmuró Lisbeth, vivamente impresionada.

—El retrato fue hecho cuando ella tenía diecinueve años. Murió el año pasado y ya tenía noventa y cinco. —Lucie cruzó el dormitorio y abrió una puerta—. Aquí está el cuarto de baño. Con su permiso, señorita.

Lisbeth se quedó sola. «¿He venido a parar al castillo de un príncipe encantado?», se preguntó. Y luego, sumida en un mar de dudas, pensó en el traje que debería ponerse para la cena. Su anfitrión, seguramente, vestiría de etiqueta...

En aquellos momentos, su anfitrión atendía al teléfono que acababa de sonar. Jackeby lo llamaba.

—Toma nota, Kent —dijo el comisario—. Ya conozco los nombres de las cuatro personas que ocuparon las butacas contiguas a las de Thelma Wanderer.

—Está bien —contestó Cayland—. Empieza, Roy.

Cayland escribió los nombres que le dictaba su amigo. Uno de ellos le sorprendió extraordinariamente.

—¿Estás seguro, Roy? —preguntó.

—Absolutamente. Tengo delante de mí la lista de reservas, con los números de las butacas. Missy Sullivan era la encargada de

reservar las localidades y las anotaba a medida que recibía los pedidos. Pero ¿qué te sorprende...?

—Nada, no te preocupes. Ya te contaré más cosas mañana. Sigue investigando a los tramoyistas, ¿quieres?

—De acuerdo, Kent.

A las seis y media, Lisbeth hizo su aparición en el comedor.

—¡Caramba! —exclamó—. Está vestido... de persona normal.

Cayland arqueó las cejas.

—Pues, ¿cómo debería vestir? ¿Con pieles, como el hombre de las cavernas?

—Oh, no —se sonrojó la chica—. Pero pensé que usaría la etiqueta para la cena... y yo no tengo traje de fiesta...

—Normalmente, ceno solo —dijo él, acercándole una silla para que se sentase ante la gran mesa, adornada con dos pesados candelabros de plata, en los que lucían las velas encendidas—. Y, al menos desde que heredé la casa, no he dado ninguna cena de gala. No sé si lo haré en el futuro, créame.

—La señora Altman me ha hablado de su tía, la señorita Starlake —dijo Lisbeth.

—Tía abuela —puntualizó Cayland—. Yo era su único pariente y ella me había nombrado heredero de todos sus bienes. Murió a los noventa y cinco años, ya se lo habrá dicho la señora Altman.

Lucie entraba en aquellos momentos con la sopera y empezó a servir.

—Tía Rosamunda tuvo un novio, pero éste murió muy joven y no quiso casarse ya —añadió Cayland.

—Estaría muy enamorada de él, seguro.

—Sí. Jamás lo pudo olvidar. Fue una mujer de sentimientos muy constantes. Siento que no pudiese culminar sus amores, casándose con el hombre de su vida.

—Un amor así debe de ser algo maravilloso —suspiró la chica—. Hoy día ya no pasan cosas semejantes, Kent.

Cayland meneó la cabeza.

—Vivimos en un siglo muy prosaico —contestó—. Pero no se vaya a creer que es oro todo lo que reluce. Hubo un individuo que entró a saco en la fortuna de tía Rosamunda... En fin, no sigamos por este camino; no creo que le interese demasiado. Dígame, Lisbeth, ¿qué proyectos tiene?

Ella quedó un instante inmóvil, con la cuchara vacía sobre el plato de delicada porcelana.

—Volver a San Diego, a mi empleo, ¿qué otra cosa puedo hacer? —respondió.

—Puede permanecer aquí todo el tiempo que guste, sin limitaciones —manifestó Cayland—. Pero hay algo de lo que me gustaría hablar con usted.

—¿Sí, Kent?

—Thelma vino aquí, para hacer un chantaje a alguien. No se chantajea a una persona, sin pruebas que permitan sacar sus vergüenzas ocultas a la luz pública. ¿Habló Thelma en alguna ocasión de fotografías comprometedoras? ¿Mencionó documentos?

—No, no dijo nada. Al menos, a mí, y ello a pesar de confiarse conmigo en la mayor parte de las cosas. Pero en este aspecto, salvo por el hecho de decirme que venía a Slipher City para conseguir mucho dinero, no me facilitó más detalles.

Cayland se rascó la mejilla con el pulgar.

—Una cosa es segura, Lisbeth —dijo—. Thelma vino aquí y debió de anunciarlo previamente al interesado. O interesados, seguramente. Y para mayor énfasis, para apoyar mejor sus pretensiones, fue al Concert Hall, luciéndose de modo que todo el mundo pudiera verla. Era una forma de decir: «Aquí estoy yo y no bromeaba cuando os amenacé». ¿Lo comprende ahora?

—Sí —respondió la chica—. Pero si existen fotografías comprometedoras, estarán en alguna parte... y siguen constituyendo una amenaza para los interesados.

—Las fotografías importan menos que encontrar al asesino, y tengamos en cuenta que ya son dos las personas muertas. Me pregunto qué podría saber Malí, para que alguien considerase la conveniencia de suprimirlo.

—La cosa es seria, en efecto. Pero también me parece un caso imposible de resolver.

Cayland sonrió.

—Como dijo aquél, todavía no he empezado a luchar —contestó—. ¿Ha cenado a gusto, Lisbeth?

La chica asintió.

—Maravillosamente —contestó. Paseó la vista por el espacioso comedor—. Me siento abrumada... Dentro de nada, serán las doce

de la noche, y yo tendré que abandonar el baile, y la carroza que me ha traído aquí se convertirá en calabaza y los caballos en ratones...

—Y perderá su zapatito de cristal y tendrá que volver a ser la Cenicienta —rió Cayland de buena gana—. Pero esto no es un cuento, Lisbeth, y no tendrá que echar a correr a las doce de la noche.

—Sin embargo, un día tendré que marcharme...

—No hable de eso por ahora; no piense en el futuro. —Cayland se levantó y fue a situarse tras la silla de su invitada, para ayudarle a ponerse en pie—. Vamos al salón; allí tomaremos el café y los licores.

Lisbeth se dejó llevar casi como en sueños. Al entrar en el salón, divisó un gran piano de cola, de color marfil, con adornos dorados. Pasmada de asombro, vio que Cayland se sentaba ante el piano, levantaba la tapa del teclado y, tras unas rápidas escalas, empezaba a interpretar una pieza clásica, pero muy conocida: *Para Elisa*, de Beethoven.

Lucie Altman entró con una bandeja en las manos. Lisbeth se sentía fascinada. Cayland interpretó después una *Polonesa* de Chopin y, al terminar, no pudo por menos de aplaudir entusiásticamente.

—Bravo, bravo —exclamó, con las mejillas encendidas por una excitación como no había sentido jamás—. ¿Dónde aprendió a tocar, Kent?

—Es una predisposición natural. Alguien me dijo una vez que yo podía convertirme en un gran concertista, pero se necesita mucha tenacidad... y yo no soy capaz de pasarme hasta diez horas enteras delante de un piano. No se vaya a creer que los grandes maestros no se entrenan, Lisbeth... En resumen, fui más prosaico y busqué lo inmediato, esto es, la abogacía.

—Y ahora investiga unos crímenes...

—Por ayudar a un buen amigo —contestó él—. Y también porque...

Se interrumpió de pronto. ¿Quién le había enviado cinco mil dólares desde San Diego, prometiéndole veinte mil más cuando hubiera solucionado el misterio del asesinato de Thelma Wanderer?

Movió la cabeza un poco, sonrió y, sin más dilación, acometió la

interpretación de la obertura de *Rosamunda*, de Schubert. Mientras sus manos se movían sobre el teclado, pensaba en la primera persona que iba a visitar al día siguiente.

Era una mujer y se llamaba Olga Charteris y, en tiempos, había estado a punto de sucumbir a sus encantos, que eran muy numerosos.

Una doncella, pulcramente ataviada, le recibió al día siguiente, pasadas las once de la mañana, y le informó de que la señora estaba bañándose en la piscina.

—Iré a llamarla...

—Gracias, no se moleste; conozco el camino —dijo el visitante.

Cayland atravesó la casa, lujosa, elegante, pero decorada con bastante mal gusto. Mientras caminaba, pensó en que el dinero ni siempre mejora el buen gusto de ciertas personas. Claro que ello, se dijo, debía de importarle muy poco a Olga Charteris.

Salió a la terraza y se acercó a la piscina, que medía veintitantos metros de largo, por doce de ancho. Al otro lado, había un espeso seto, alto y ancho, que impedía a los posibles curiosos la visión de lo que sucedía en la piscina. Cayland agarró una silla, la llevó hasta el borde y se sentó en ella a horcajadas, con un cigarrillo en los labios.

Una mujer nadaba lentamente. Cayland sabía que Olga hacía todos los días una hora de ejercicios de natación, porque sabía que no sólo la mantenía en forma, sino que era un medio de reducir posibles núcleos de grasa en lugares indiscretos. Olga había cumplido largamente los treinta años y se sentía muy orgullosa de su figura, realmente atractiva.

Encendió el cigarrillo. Olga le vio al cabo de unos minutos y se acercó a él sin prisas. Cayland apreció que Olga estaba completamente desnuda.

—Eres la última persona a quien habría esperado ver en mi casa —dijo ella alegremente—. Dime qué tripa tienes rota, Kent.

—Mi sistema digestivo funciona a la perfección, hermosa —sonrió él.

—Entonces, es el sistema nervioso el que no te funciona. El cerebro, vamos.

—¿Por qué lo dices?

—Has debido de volverte loco; de otro modo, no estarías aquí.

—No lo creas, siempre he sido muy sensato.

—Demasiado —suspiró ella—. Nunca conseguí capturarte en mis redes.

—Y eso, ¿no es sensatez?

Olga estaba apoyada con ambas manos en el borde de la piscina y se echó a reír.

—Se nota que eres abogado —dijo—. Tienes respuesta para todo.

—A veces busco las respuestas y no las encuentro.

—¿Por ejemplo?

—Continuamente estoy preguntándome quién pudo asesinar a la rubia que murió de modo tan misterioso en el Concert Hall, pero no consigo encontrar la respuesta.

CAPÍTULO V

Olga dejó de sonreír en el acto. Estaba en un sitio donde podía hacer pie y quedó erguida, con medio cuerpo fuera del agua, haciendo una orgullosa ostentación de sus hermosos senos. Pero en sus ojos había una mirada extraña.

—La tenía a mi izquierda y no supe nada hasta el día siguiente —declaró con voz tensa.

Harvey Potts estaba a tu derecha.

—Sí. ¿Quieres que te diga los motivos?

—Te lo agradeceré.

—Sabes de sobra cuál es mi estado civil: divorciada. Harvey quiere casarse conmigo.

—Y tú, ¿piensas aceptar?

—Aún me lo estoy pensando. No estoy segura de que sea el hombre que me conviene.

—Es muy rico...

—Pero también débil y con poco carácter. Me gustan los hombres más enérgicos, Kent, tú lo sabes bien.

—Y, claro está, el dinero no te falta.

Olga sonrió.

—No puedo quejarme —contestó—. Pero, dime, ¿por qué te interesa tanto la muerte de esa rubia?

—Quiero encontrar al asesino.

—Ah, te has metido ahora a detective...

—Algo parecido. Olga, en el bolso de la muerta no se encontraron documentos ni dinero de ninguna clase. Ella había llegado el mismo día a la ciudad. Si tenía algo importante en el bolso, y todo parece indicarlo así, alguien se lo quitó después de su muerte.

—El asesino —dijo ella, con los labios contraídos.

—El asesino hizo fuego desde el otro lado del telón, lo hemos

comprobado.

—Bien, pero ¿qué tengo que ver yo con todo esto?

—Tú y Harvey ocupabais las butacas situadas a la derecha de la de Thelma Wanderer, es decir, los números ocho y diez. El matrimonio Tharston, Gus y Nancy, ocupaban las números dos y cuatro, a la izquierda.

—¿Y...?

Cayland dejó caer el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el tacón.

—Alguien vació el bolso de la rubia —dijo.

—Yo no fui —contestó Olga rápidamente.

—¿Viste algo?

Ella vaciló un instante.

—No —dijo.

Cayland la miró fijamente. Olga le mentía.

—Por favor...

—Ya te he dado mi respuesta, Kent.

De pronto, Olga dio media vuelta y se lanzó hacia adelante. Sin volver la cabeza, gritó:

—¡Puedes marcharte, Kent! Ya te he dicho todo lo que necesitas saber.

—Eres una mentirosa...

De repente, Cayland vio algo que volaba por los aires.

Era una gruesa piedra, atada a un hilo de color oscuro. Divisó una mano por encima del seto que había al otro lado de la piscina, pero fue una visión fugaz, aunque no tanto que no le permitiera advertir que la mano estaba cubierta por un guante negro.

La piedra cayó al agua, con gran chapoteo. Inmediatamente, Olga lanzó un horripilante chillido.

Cayland se puso en pie de un salto. Olga estaba en el centro de la piscina y vio que se estremecía epilépticamente, hasta el punto de sacar más de medio cuerpo fuera del agua, agitándose horriblemente, poseída por unas extrañas convulsiones, cuyo origen no sabía a qué atribuir.

De súbito, Olga se quedó quieta. Lentamente, empezó a sumergirse, hasta que su blanco cuerpo quedó completamente inmóvil en el fondo de la piscina.

Cayland se quitó la chaqueta y los zapatos. Debía sacar a Olga antes de que pereciera por asfixia. Cuando estaba a punto de

lanzarse al agua, pensó en aquel hilo oscuro.

Contorneó la piscina y tiró del cordón para sacarlo fuera del agua. Entonces vio que era un cable conductor eléctrico, con los dos hilos pelados y separados por la misma piedra que había servido de contrapeso, y a la cual estaban sujetos por anchas tiras de cinta adhesiva.

Con un escalofrío de horror, miró hacia la forma blanca, inmóvil, que yacía en el fondo de la piscina. Ya no se podía hacer nada por Olga, muerta de la forma más horrible que uno pudiera imaginar.

Un crimen diabólico, pensó.

Los camilleros se llevaron el cadáver, cubierto con una blanca sábana. Cayland evitó pensar en aquel hermoso cuerpo, cuya blancura había sido sustituida por un horrible color rojo. Sí, se dijo, Olga había visto algo la noche en que murió Thelma Wanderer y alguien había juzgado conveniente conseguir su silencio para siempre.

Jackeby se sentía profundamente impresionado. Cayland advirtió que estaba aturdido, sin capacidad de reacción. Indudablemente, se dijo, el asesino debía de contar con la poca habilidad del comisario. Con un hombre como Jackeby encargado de las fuerzas del orden en Slipher City, la impunidad estaba prácticamente asegurada.

Pero el asesino, se dijo, no había contado con él. Y haría todos los posibles por desenmascararlo.

Lo cual no iba a resultar precisamente fácil. Pero ya había contado con ello desde el primer momento.

Cuando ya todos se marchaban, agarró a su amigo por un brazo y lo empujó hacia la salida.

—Roy, quiero que te encargues de una cosa —dijo.

Jackeby le miró agónicamente.

—Kent, de buena gana dimitiría...

—Ni se te ocurra. La gente de Slipher City espera que resuelvas este caso tan misterioso. Tu cotización subirá muchos enteros si lo consigues, ¿me entiendes?

—Pero es que yo no...

—Escucha, Roy —dijo el joven firmemente—. No va a ser una tarea fácil, pero lo conseguiremos. Las muertes del taxista y de Olga

prueban que el asesino de Thelma empieza a ponerse nervioso. Hay más gente complicada en este asunto de lo que creemos... y tú vas a conseguir sus nombres, porque en ese grupo está el asesino, aunque también podemos asegurar que parte de los componentes del grupo, si no todos, son sus cómplices.

—No acabo de comprender, Kent —manifestó Jackeby.

—Roy, en determinadas épocas un cierto número de ciudadanos de Slipher City, hacían viajes a San Diego, con ánimo de... digamos divertirse, aunque lo cierto es que iban a tomar parte en unas orgías, al lado de las cuales las de los romanos eran inocentes juegos de colegiales durante el recreo. Tienes que averiguar los nombres de esas personas, sobre todo cuando yo te dé la fecha aproximada de sus ausencias, cosa que sabré hoy mismo. Ocupate de eso solamente, ¿entiendes?

Jackeby asintió. Cayland prosiguió:

—Naturalmente, puedes hacer que tus subordinados investiguen quién anduvo al otro lado de la piscina y pudo conectar el cable eléctrico a una toma de corriente. Al otro lado hay una pequeña glorieta, con instalación eléctrica... pero fuera pasa la carretera y el asesino, quienquiera que sea, tuvo que venir en coche. La casa de Olga está a tres millas de la ciudad, pero hay bastante tráfico y, además, también hay otras villas en las inmediaciones. Ocupate de eso; te llamaré a la tarde.

—De acuerdo. —Jackeby hizo un gesto de desánimo—. Este caso acabará conmigo...

—Este caso te dará la gloria y la fama —sonrió Cayland. Y, tras palmear el hombro de su amigo, buscó el coche, se sentó tras el volante y arrancó en dirección a la ciudad.

Cuando Cayland entraba en la casa, vio una maleta en el vestíbulo.

—¡Lucie! —llamó.

El ama de llaves apareció a los pocos instantes.

—¿Señor?

—¿Es que se va la señorita Rwoff? —preguntó el joven.

—Ha dicho que ya no tenía nada que hacer... Ahora está telefoneando a una amiga... Ah, aquí la tiene, señor.

Lisbeth apareció en aquel instante.

—Hola, Kent —dijo—. Gracias por su hospitalidad, pero me

marcho ya. Tengo un empleo en San Diego y no puedo arriesgarme a perderlo. He avisado que mañana estaré en mi puesto...

Cayland agarró con mano firme el brazo de la muchacha y se la llevó a su gabinete particular.

—Libeth, usted no se va a marchar tan pronto como piensa —exclamó—. Olvídese de su empleo; si lo pierde, yo le buscaré otro, seguramente mejor pagado.

Ella se impresionó mucho al ver la expresión del rostro del joven.

—¡Kent! ¿Qué sucede? —preguntó vagamente alarmada.

—Se ha cometido otro asesinato. La mujer que estaba en el teatro, a la derecha de Thelma, ha muerto mientras yo hablaba con ella.

Lisbeth se sentó en una silla, súbitamente desmadejada.

—¡Dios mío! ¿Por qué?

—Indudablemente, vio algo. Y el asesino pensó que no le convenía que lo divulgase, eso es todo.

—Pero yo no tengo nada que ver...

—Más de lo que cree, Lisbeth. Usted vino aquí para saber quién había asesinado a Thelma, ¿no es eso?

—Sí, claro...

—Entonces, su obligación es ayudarme.

—Bueno, pero no veo qué puedo hacer yo. No conozco a nadie en Slipher City...

—Claro que no conoce a nadie. Sin embargo, eso no pareció importarle mucho cuando decidió visitar a Teddy Mal.

—Sí, lo admito, aunque luego empecé a pensar que podía meterme en un lío demasiado peligroso para mí y había decidido dejarlo.

—Escúcheme bien, Lisbeth. Yo no le voy a pedir que salga por ahí, a formular preguntas a la gente. Lo único que quiero es que conteste a las que yo le voy a hacer, ¿comprende?

—De acuerdo, le diré lo que sepa.

—En primer lugar, ¿quién es el dueño de la residencia donde se celebraban esas orgías?

—El nombre es Andy Batters. Es también el dueño del local donde actuaba Thelma, el Two Summits.

—Vaya un nombrecito —comentó Cayland.

Lisbeth se sonrojó y desvió la mirada.

—Tiene una especie de insignia, que luce también en la fachada, en luces de neón roja —contestó—. Son dos senos, vistos de perfil, como si la mujer estuviese echada... con los vértices muy acusados...

Cayland se echó a reír.

—Entonces, eso lo explica todo: las dos cumbres —dijo—. De modo que el nombre es Andy Batters.

—Sí...

—El lugar donde se celebran las orgías, supongo, debe de estar fuera de San Diego.

—Cierto, aunque no vaya a creer que allí entra cualquiera...

El joven sonrió.

—Lisbeth, dígame, ¿conoce a alguna de las chicas que trabajan en el Two Summits?

—Sí, a casi todas... pero si lo que quiere saber es en cuál se puede confiar hasta cierto punto, le daré el nombre de Perla Hancock.

—¿Puedo citar el suyo cuando hable con Perla?

—Por supuesto. Oiga, ¿acaso piensa ir a San Diego?

Cayland le guiñó un ojo.

—Y hasta tomaré parte en una de esas orgías —contestó.

—Tipo fresco...

—Eh, eh —dijo él, alzando las dos manos a un tiempo—. Lo hago solamente por encontrar al asesino de Thelma. Es lo que usted también quiere, ¿no?

—El asesino está aquí, y no en San Diego —contestó Lisbeth, con los labios muy prietos.

—Pero yendo a San Diego, podré conseguir informes, que me servirán para completar la investigación. Ahora, dígame una cosa, Lisbeth. Esas orgías, ¿se celebran en una fecha determinada, periódica... o cuando Batters tiene el número suficiente de «clientes»?

—Casi siempre se celebran una vez por mes, con clientes habituales. A veces, sin embargo, sucede que Batters organiza una fiesta fuera de programa para alguien importante... pero lo corriente, repito, es que suceda una vez al mes.

—¿Fecha?

—Invariablemente, la segunda semana del mes. Empieza el viernes por la noche y dura cuarenta y ocho horas. El domingo, al anochecer, empieza el desfile de los clientes.

—Sí, claro, el lunes tienen que volver al trabajo —comentó Cayland irónicamente—. Bien, Lisbeth, salga al vestíbulo, suba a su habitación y deshaga la maleta.

—Ah, quiere que me quede en casa...

—Llame a su jefe y dígame que no vuelve al trabajo por ahora.

—Estoy sin dinero, recuérdelo.

—Ahora trabaja para mí, el salario semanal es de ciento cincuenta dólares, alojamiento y comida. ¿Le parece bien?

Lisbeth paseó la mirada por la lujosa estancia en que se hallaba, decorada con gruesos paneles de roble y en la que se veían varias estanterías repletas de libros elegantemente encuadernados. Frente a la mesa de trabajo, había un cuadro que le agradó extraordinariamente.

Cayland sonrió.

—Tía Rosamunda era una gran aficionada a la buena pintura. Ese Vermeer le costó un ojo de la cara, pero valió la pena —explicó.

—Vermeer —repitió Lisbeth—. No sé quién es...

—Busque la letra Y en la enciclopedia y se enterará de su vida —respondió el joven, a la vez que se encaminaba hacia la puerta.

CAPÍTULO VI

Al oír la llamada, la mujer, elegantemente ataviada, cruzó la sala y abrió. Sus finas cejas se alzaron al reconocer a su visitante.

—¡Kent! —exclamó—. ¿Cómo así por aquí?

Cayland estudió unos instantes a Nancy Tharston, hermosa, de cuerpo generosamente conformado, pelo oscuro y ojos negros. Nancy andaba ya por los cuarenta, pero aún hacía volver la cabeza a los hombres. Cayland dudaba de la fidelidad de Nancy a su esposo, pero era un asunto que no le interesaba en aquel momento, sobre todo porque él no había tenido jamás la menor relación amorosa con la mujer, a pesar de que ella se le había insinuado descaradamente en más de una ocasión. Aunque tenía un cuerpo ciertamente muy atractivo, Cayland sabía captar en las facciones de Nancy una dureza que no le resultaba demasiado agradable.

Sin embargo, siempre se había portado con ella cortés y amable, aunque en todo momento había dado a entender que no le atraía. Ahora, como otras veces, empleaba su mejor sonrisa.

—Deseo hablar contigo, Nancy —manifestó—. Y con tu marido, claro.

—Aún no ha vuelto del despacho... No tardará mucho —respondió la mujer—. ¿Quieres tomar una copa?

—Te lo agradeceré.

—Me extraña mucho tu visita —declaró ella—. Hacía siglos que no te veíamos por casa...

—Mi visita está relacionada con la muerte de Olga Charteris. Supongo estás enterada de lo sucedido.

Nancy le entregó una copa. Su mano, observó Cayland, era firme como una roca.

—Ha sido horrible —contestó.

—Sí, horrible. Supongo que es porque vio algo interesante.

—¿Interesante? No entiendo.

—Hace poco más de una semana murió una rubia desconocida en el Concert Hall. Olga estaba a su derecha, con Harvey Potts. Tú y tu esposo estabais en el lado opuesto, en las butacas contiguas al pasillo.

—¡Pero no vimos nada! —exclamó Nancy—. Ni siquiera nos dimos cuenta de que la rubia había sido herida... Ya lo declaramos así a la policía, Kent. Además, ¿qué te interesa a ti este asunto?

—Me han contratado para investigarlo —respondió el joven.

—¿Tú? ¿Investigador? —Nancy rió estruendosamente—. Es lo más divertido que he oído en los días de mi vida...

La puerta se abrió en aquel instante.

—¿A qué vienen estas risas? —exclamó Gus Tharston—. Nancy, ¿te estaba contando Kent algo especialmente divertido?

—Sí, le han contratado para investigar el asesinato de la rubia que estaba junto a nosotros la noche del concierto. Se ha tomado su papel muy en serio, Gus —dijo Nancy de buen humor.

—Kent, tú eres rico y, además, tienes un bufete muy próspero. ¿Qué diablos puede importarte a ti una furcia muerta? —exclamó Tharston.

—¿Cómo sabes que era una furcia, si no la conocía nadie en la ciudad?

—Bueno, no había más que verle la pinta... El escote...

—Os saludé brevemente cuando íbamos a entrar en la sala. El escote de tu mujer no era menos audaz que el de la rubia.

Tharston se sonrojó.

—Bueno, no te lo tomes así —dijo—. No veo qué puede interesarte a ti...

—Gus, no se trata de si me interesa o no, sino del simple hecho de que fue asesinada; que el taxista que la llevó al teatro fue asesinado también y que Olga Charteris, que estaba a la derecha de la muerta, acaba de ser asesinada. Y quiero que los dos me digáis si visteis algo sospechoso durante el concierto. ¿Hizo ella alguna seña a alguien? ¿Saludó a alguna persona conocida vuestra?

Nancy movió rotundamente la cabeza.

—Yo no vi nada —declaró.

—Estoy en las mismas condiciones. Sí, recuerdo que era muy atractiva —dijo Tharston—, pero eso es todo lo que puedo decirte, Kent.

—Ella llevó un bolso que sólo contenía una polvera y dos lápices para las cejas y los labios, una pitillera y un encendedor. Es cierto que los bolsos que las damas llevan a lugares donde deben asistir vestidas de fiesta son pequeños y no permiten contener muchas cosas, pero... la rubia debía de haber llevado su documentación y ésta ha desaparecido.

—Te juro que yo no me la llevé —dijo Tharston poniéndose las manos en el pecho.

—A mí no me mires como si fuese la asesina —exclamó Nancy—. Yo no maté a la rubia.

En aquel instante, Cayland adquirió la convicción de que ambos sabían más de lo que daban a entender. Tharston, sobre todo, estaba muy pálido, lo que le dio mala espina. Pero no podía forzarles a hablar ni mucho menos emplear la violencia. Tendría que buscar el medio de hacerles dar un paso en falso, aunque por el momento no daba con ninguna idea medianamente satisfactoria.

—Está bien —sonrió—. Siento haberos molestado.

—Ojalá encuentres al asesino —deseó Nancy.

—Kent, ¿se sabe por qué diablos tuvo que venir Thelma Wanderer a esta población? —preguntó el esposo.

—No, no se sabe —mintió Cayland.

Cuando se disponía a entrar en su coche, otro se detuvo frente al suyo. Un hombre de mediana edad, elegantemente vestido, le hizo una señal con la mano.

—Señor Cayland...

El joven dio dos pasos.

—¿Cómo está, señor Cooper? —saludó, cortés.

—He oído decir por ahí que anda haciendo preguntas sobre la rubia muerta —manifestó el sujeto.

—Yo no lo he dicho a nadie —contestó Cayland.

—Esta población es muy pequeña —rió Cooper—. ¿Ha averiguado algo?

—¿Sabe usted algo?

Cooper lanzó una atronadora carcajada.

—Es usted muy listo, amigo mío. No, no sé nada, excepto lo que publicaron los periódicos... y los rumores que he captado por ahí.

—Tal vez alguno me resulte interesante —apuntó Cayland.

Los ojillos de Cooper se entrecerraron.

—Hay gente muy importante metida en este asunto —murmuró—. Déjelo, olvídense de la rubia, es lo mejor que puede hacer.

—¿Tiene usted miedo de que se descubra al asesino?

—¿Yo? Vamos, ¿por quién me ha tomado usted, amigo mío? Al contrario, deseo que se descubra al asesino... pero ya le digo que hay gente de peso mezclada en el asunto y que no querrá que se destape un pastel, que es muy bonito por fuera, pero que apesta por dentro. Piense bien en lo que le digo, amigo Cayland.

—Sam —el joven decidió apearse los tratamientos—, quiero hacerle alguna pregunta.

—¿Sí?

—¿Le han encargado darme ese consejo?

La sonrisa de Cooper se borró en el acto.

—Es algo enteramente personal —repuso.

—No le creo.

Cooper se encogió de hombros.

—Como quiera —respondió—. Pero ya está avisado. Adiós.

Pisó el acelerador y se alejó rápidamente, dejando a Cayland profundamente preocupado. Aunque no había tratado demasiado a Cooper, sabía de él ciertas cosas que no contribuían a mejorar su opinión. Cooper había llegado a Slipher City un par de años antes y, buen conversador y de aire simpático, había sabido conquistar muy pronto a la mayor parte de las personas de importancia en la población. Dirigía una oficina de inversiones y sabía gastarse el dinero con prodigalidad. Pero, ciertamente, nadie podía alardear de conocer a fondo su vida anterior.

Además, Cooper tenía en su oficina dos empleados, tipos de talante adusto y hermético, que más parecían guardaespaldas. Cayland sabía que su amigo Jackeby había investigado a los dos individuos, sin encontrar nada sospechoso. Ethan Croth y Burton Lañe se portaban siempre con suma corrección y jamás había podido encontrárseles en el menor jaleo. Ni siquiera se les había impuesto una multa por una infracción de tráfico.

Puesto que le quedaba tiempo, decidió visitar a Harvey Potts, el pretendiente de la infortunada Olga Charteris.

Cuando llegó, Potts, un hombre de treinta y cinco años, muy apuesto, tenía en la mano una copa mediada. Cayland apreció un brillo inusual en sus ojos, lo cual le dijo que Potts había bebido más

de la cuenta, aunque no lo suficiente para embriagarse.

—Ya sé a qué vienes —dijo Potts, apenas le vio entrar por la puerta de su casa—. Pues bien, la respuesta es no.

—La respuesta, ¿a qué pregunta, Harvey? —dijo Cayland apaciblemente.

—No sé nada de la rubia. Era muy hermosa, lo admito, pero a mí me interesaba Olga Charteris. Ahora está muerta...

Potts se derrumbó en un sillón.

—Yo la amaba, Kent —añadió gemebundamente—. No puedo imaginármela muerta...

—El asesinato de Olga está relacionado con el de la rubia. Ella sabía algo. Quizá te lo dijo.

—No, no me dijo nada... Créeme, Kent...

Cayland se dio cuenta de que Potts estaba muy afectado. Tal vez era sincero en sus sentimientos hacia Olga, aunque también convenía tener en cuenta la fortuna de la difunta y el hecho de que las finanzas de Potts no eran demasiado boyantes.

Agarró una silla, se sentó a horcajadas frente a Potts y le miró fijamente.

—Harvey, ¿cuándo fuiste la última vez a San Diego? —le espetó.

—¿San diego? —replicó Potts—. No recuerdo... Tal vez hace cuatro, cinco semanas... no sé con exactitud... Suelo ir con frecuencia, tú lo sabes.

—Sí, lo sé. Dime, ¿has ido alguna vez a un local denominado Two Summits?

—Cuando voy allí, es siempre por cuestión de negocios...

—Pero no te pasas las veinticuatro horas del día hablando de negocios. Alguna vez, pienso, habrás sentido la necesidad de divertirte.

—San Diego es muy grande, Kent.

Cayland apretó los labios. Estaba visto que muchos sabían mucho, pero que no querían despegar los labios. Por temor o por conveniencia.

—¿Conoces en San Diego a un tipo llamado Andy Batters? —preguntó.

—No. ¿Quién es?

—Si no lo conoces, es inútil que te lo diga, Harvey. Pero debes saber una cosa: Olga murió porque había visto algo extraño el día

en que la rubia fue asesinada. Si viste tú algo digno de mención, dímelo, antes de que sea demasiado tarde.

Potts se levantó de un salto.

—¿Quieres decir que estoy amenazado de muerte? —barbotó—. ¡Yo no tengo nada que ver con ese crimen ni vi nada digno de mención...!

Cayland se incorporó calmosamente.

—En tal caso, mejor para ti —dijo—. Pero si recuerdas algo, no dejes de llamarme.

—¡Un momento! —exclamó Potts—. ¿Qué diablos de interés tienes tú en este asunto?

—Me han encargado investigarlo —respondió Cayland—. Recuerda, llámame... si tienes algo que decirme, Harvey.

Potts guardó silencio. Una vez más, Cayland adquirió la convicción de que en Slipher City había personas que sabían de Thelma Wanderer mucho más de lo que daban a entender.

CAPÍTULO VII

—Pero poderosas razones les impulsan a callar —dijo aquella noche durante la cena—. Lisbeth, usted comprende cuáles son esas razones, me parece.

La chica asintió.

—Me lo imagino fácilmente —repuso—. Ahora bien, lo que no entiendo es cómo pudieron organizar un asesinato tan hábilmente ideado. ¿A quién se le ocurrió el plan?

—No tengo la menor idea, excepto que la presencia de Thelma en Slipper City debió provocar una oleada de pánico entre las personas que forman parte de un determinado círculo. Entonces, pensaron, lo mejor era eliminarla.

—Cierto, pero ella pensaba hacerles un chantaje...

—Por eso mismo, Lisbeth.

—Los chantajes, que yo sepa, se hacen siempre con pruebas. Si ella las había guardado en alguna parte, y no se conoce el lugar, los que conspiraron para su asesinato, podrán dormir tranquilos.

—No tan tranquilos, puesto que, además de Thelma, tuvo que morir un taxista y, hoy mismo, una de las personas que estuvieron a su lado en el teatro. Eso significa miedo, Lisbeth.

—Si no se conoce su identidad, no habremos adelantado nada...

—Mire, Lisbeth, lo primero que hicieron fue quitarle la documentación del bolso. Era un bolso de fiesta, pero cabía una carterita con el permiso de conducción cuando menos. La estola de pieles también desapareció y el equipaje que había traído como Jenny Smith. Y a usted también le robaron el bolso, recuérdelo.

Lisbeth asintió.

—Sí, creo que tiene usted razón —murmuró—. Pero ¿qué pruebas podía ofrecer Thelma para hacer efectivo su chantaje?

—Fotografías.

Hubo un instante de silencio.

—¿Quiere decir... que Thelma tomaba fotografías en aquellas orgías? —preguntó ella al cabo.

—Dar los nombres simplemente no serviría de nada. Los implicados en el asunto podrían negarlo... pero si aparecían en unas fotografías y en situaciones comprometidas... Todos eran, son, ciudadanos importantes en Slipher City. No pueden consentir el escándalo.

—Sí, es cierto —convino la muchacha pensativamente—. Pero, en tal caso, ¿dónde están las fotografías?

—No lo sé, aunque puede que Perla Hancock pueda decirme algo interesante.

—¿Piensa ir a verla?

—Por supuesto.

De repente, se oyó un tremendo estallido de cristales. Lisbeth, sobresaltada, gritó. Algo entró en el comedor, cayó al suelo, rodó un poco y se quedó quieto cerca del sillón que ocupaba el dueño de la casa.

Cayland se inclinó y recogió la piedra, a la que se había atado un papel. Con un cuchillo, cortó el cordel y desplegó el papel, sosteniéndolo extendido sobre la mesa con ambas manos.

Lisbeth estaba muy pálida. Cayland la miró sonriendo.

—Se trata de un competidor ilegal del Servicio Federal de Correos —dijo.

—U... un anónimo...

—Sí, con la amenaza clásica en esta clase de escritos: «No siga adelante o acabará como los otros» —leyó Cayland.

—Son gente peligrosa —dijo la chica.

—Pero tienen miedo, mucho miedo. —La voz de Cayland se endureció repentinamente—. Ya no se trata sólo de un chantaje, sino de tres asesinatos.

—Déjelo, Kent, déjelo —suplicó Lisbeth con voz temblorosa.

—No. Ahora, menos que nunca, debo seguir adelante —decidió él con rotundo acento.

La distancia a San Diego, sin prisas, se podía cubrir en tres horas. Cayland fue a su despacho profesional por la mañana, trabajó hasta el mediodía, dejó trabajo preparado a su secretaria y luego subió al coche. Almorzó en un restaurante y, a continuación, emprendió el viaje a San Diego, en donde pensaba entrevistarse con

dos personas: Perla Hancock y Andy Batters.

Durante la primera hora del viaje, todo marchó con entera normalidad. Cayland había encendido la radio del coche y se distraía con la música. De repente, al mirar por el retrovisor, vio un coche de color azul oscuro que mantenía una distancia invariable.

Era un coche mayor y más potente que el suyo. Se preguntó por qué no le adelantaba.

Diez minutos más tarde, hizo una prueba en un tramo accidentalmente desierto. Frenó a fondo y el coche azul estuvo a punto de golpearle la trasera del suyo. Entonces vio que había dos individuos en el otro automóvil.

Aceleró de nuevo. La carretera se elevó de nivel para atravesar el paso montañoso que había antes de llegar a El Cajón. A la zona llana había sustituido otra con abundancia de precipicios y cortaduras.

De pronto, vio que el coche azul aceleraba. El aceleró también, tratando de escapar al acoso de sus perseguidores. El tráfico era poco menos que nulo en aquellos momentos.

Las ruedas del coche despedían nubes de polvo y humo de neumáticos al tomar ceñidamente los virajes. Cayland comprendió las intenciones de sus perseguidores: simular un accidente, en un paraje como aquél, era tan fácil...

Al cabo de unos momentos, se dio cuenta de que iba a perder la partida. Tarde o temprano, sus perseguidores conseguirían darle alcance y empujarlo fuera de la carretera. Gradualmente, como si no se diera cuenta de los propósitos del conductor, redujo la marcha, comportándose como un viajero normal, muy prudente.

De pronto, vio una cerrada curva a doscientos metros de distancia. Primero, aceleró a fondo, durante unos cien metros. Luego pisó brutalmente el freno, a la vez que giraba un poco el volante.

El coche se separó del precipicio que había a la derecha. En el mismo instante, el otro conductor pisaba también a fondo, con ánimo de empujarle al abismo. Pero el blanco deseado había desaparecido ya y lo único que encontró fue el borde de la carretera.

El coche azul, lanzado a ciento veinte por hora, pareció volar un segundo en el aire, antes de inclinar el morro. Una portezuela se

abrió y uno de los ocupantes saltó fuera, pero lo había hecho demasiado tarde y cayó rodando por la empinada pendiente, como si fuese una pelota. El otro permaneció dentro del coche que, primeramente, descendió sobre sus ruedas, hasta que tropezó con una piedra, que le hizo dar una tremenda voltereta. Un instante después, se produjo una terrible explosión y el coche quedó envuelto en llamas.

—Iban como locos, agente —declaró Cayland más tarde a uno de los policías de tráfico—. No sé si habrían bebido o no, pero quisieron pasarme en una curva... Nunca faltan conductores insensatos...

El guardia asintió.

—Tiene razón, señor Cayland —dijo—. Son los clásicos locos del volante y... ¿Qué quieres, Matt?

Otro guardia se acercaba, con algo en la mano.

—Hemos encontrado estos documentos en los bolsillos del tipo que no se quemó —dijo—. El pobre creyó que podría salvarse, abandonando el coche, pero se rompió la cabeza contra un pedrusco. Se llamaba Burton Lane, de Slipher City...

—Usted procede de esa población, señor Cayland —dijo el primer policía, que ya había examinado la documentación del joven—. ¿Conocía al muerto?

Cayland hizo un gesto negativo.

—Slipher City es más grande de lo que parece —contestó—. No tengo la menor idea de quién pueda ser...

—Está bien, puede marcharse. Si le necesitamos, se lo haremos saber, señor Cayland.

—Gracias, agente.

Cayland volvió a su coche. Se preguntó qué pensaría Cooper cuando se enterase de la muerte de sus dos secuaces. Cooper, ya no le cabía la menor duda, tenía mucho que ver con la muerte de Thelma Wanderer. Sería interesante hablar con él a su regreso de San Diego, se propuso.

Cuando llegó, era ya de noche cerrada. Tomó alojamiento en un hotel y, después de asearse y cenar en la propia habitación, salió en dirección al Two Summits.

El humorístico rótulo del local era tal como Lisbeth lo había descrito: dos semicírculos rematados en sendas puntas redondeadas.

Ciertamente, al dueño del local no le faltaba el buen humor.

Cuando entró, el Two Summits rebosaba de público. En el escenario, seis muchachas ejecutaban un número de danza. Todavía no había llegado el momento de las artistas del desnudo iniciasen su actuación.

Cayland fue primero a la barra y tomó un *whisky*, escandalizándose mentalmente del precio. Luego maniobró con habilidad, hasta alcanzar la zona de camerinos. Las chicas, más o menos vestidas, iban y venían por todas partes. En el escenario, un humorista cubría los entre actos contando chistes verdes, mezclados con los políticos.

De pronto, encontró un camerino con un nombre. Abrió, sin molestarse en llamar a la puerta. Una mujer protestó desde el otro lado de un biombo.

—Lárguese, curioso. Si quiere verme desnuda, vaya a la sala...

Cayland cerró tranquilamente.

—Debe de ser un espectáculo maravilloso, señorita Hancock —dijo—, pero prefiero verla vestida, a solas, fuera de aquí y en un lugar tranquilo.

Perla le miró coléricamente por encima del biombo. Era una mujer muy hermosa, con una enorme cabellera rubia, que el joven supuso postiza. El biombo, sin embargo, sólo permitía ver unos hombros perfectamente redondos.

—No admito citas y menos con desconocidos...

—Pero, supongo, los amigos de sus amigas serán amigos suyos —sonrió Cayland.

Perla remoloneó un poco.

—No siempre —contestó—. ¿De qué amiga mía es usted amigo?

—De dos: Lisbeth Rwoff y Thelma Wanderer.

—Oh... Lisbeth trabaja de cajera.

—Lo sé.

—Y Thelma está fuera de San Diego. No sé cuándo volverá.

—No volverá nunca, Perla. Ha muerto.

Los ojos de la mujer se desorbitaron.

—Oh, no, no es posible...

De repente, agarró una bata, se la puso y salió fuera del biombo.

—Dígame, ¿qué le ha pasado? Era una gran amiga...

—La asesinaron. Yo investigo su asesinato.

Perla flaqueó un poco y Cayland tuvo que sostenerla por un brazo.

—Thelma era... muy emprendedora... Estaba harta de esta vida y quería ganar dinero para marcharse muy lejos... —murmuró la artista.

—Fue a Slipher City. Usted lo sabía. Ella se lo dijo, supongo.

—Sí, aunque no sé qué dinero podía ganar en aquel villorrio...

—Yo se lo contaré todo, aunque no en este sitio. Usted tiene que actuar, ¿no es cierto?

—Sí. Terminó después de las doce de la noche... Espéreme en la salida de artistas, señor... Todavía no sé su nombre.

—Cayland, pero puede llamarme Kent. Y voy a decirle una cosa, Perla: además de Thelma, han muerto dos personas más. También asesinadas. Cierre la boca, ¿comprende?

Ella estaba muy pálida.

—De todos modos, no le conozco a usted...

Impasible, Cayland sacó una tarjeta de visita y añadió un billete de diez dólares.

—Ésta es mi dirección —indicó—. Le pago el importe de la llanada. Hable con Lisbeth; está alojada en mi casa.

Perla le miró, intrigada.

—¿Conocía usted a Lisbeth?

—Nos conocimos en Slipher City. Pero si usted es amiga suya y confía en ella, podrá corroborar cuanto le he dicho. —Cayland sonrió—. Saldré a verla actuar —se despidió.

Cuando llegaba ya a la puerta que comunicaba el sector de camerinos con la sala, un hombre le cerró el paso.

—¿De dónde viene, amigo? —preguntó.

Cayland estudió al sujeto unos instantes. Era bajo, un tanto rechoncho, pero fornido y con rostro duro y enérgico. Mentalmente, decidió que aquel hombre no podía ser otro que el dueño del local.

—Usted es Andy Batters —dijo Cayland.

—Ése es mi nombre. Lárguese de este sector. No quiero ver curiosos...

—Hombre, precisamente le estaba buscando a usted. Pero nadie sabía darme razón de su paradero y ya estaba a punto de marcharme... ¿Dónde podemos hablar, Andy?

—Hablar, ¿de qué?

—De la muerte de Thelma Wanderer.

CAPÍTULO VIII

En su despacho privado, Batters llenó dos copas y entregó una a su visitante.

—¿Qué sabe usted de Thelma? —preguntó.

—Le pegaron un tiro. Murió en presencia de cientos de personas, pero nadie lo supo en los primeros momentos.

—Un crimen extraño, ¿no le parece?

—Según se mire. Usted la consideraba bastante, creo.

Batters hizo un gesto ambiguo.

—Thelma era bonita, lo admito, pero aquí hay chicas tan guapas como ella o más. Era una de tantas.

—Entonces, no siente su muerte...

—Siempre siento la muerte de una persona conocida. Pero no le voy a guardar luto, compéndalo.

—Sí, claro, la función debe continuar —sonrió Cayland—. Andy, ¿le dijo ella algo acerca de los motivos de su viaje a Slipher City?

Batters apuró su copa de un trago. Luego se puso un cigarro entre los dientes y mordió la punta. Antes de encenderlo, dijo:

—Thelma alegó que iba a visitar una tía enferma, que tenía algún dinero y que esperaba heredarla. Declaró que estaría fuera un par de semanas y que a su vuelta, decidiría sobre su regreso al trabajo. Eso es todo. No iba a atarle una cuerda al tobillo para que no se marchase.

—De modo que una tía a la que pensaba heredar...

—Sí —confirmó Batters sin pestañear. Y luego se aplicó a la tarea de encender el cigarro. Cuando hubo expulsado las primeras bocanadas de humo, preguntó—: ¿Qué le interesa a usted de Thelma, señor Cayland?

—Su muerte. Estoy investigando el caso.

—¿Policía?

—No, privado.

—Por cuenta de alguien, supongo.

—Sí.

—Siento no poderle dar más detalles. Ya le he dicho cuánto sé.

—Gracias, Andy.

Cayland se dirigió hacia la puerta. Tenía la impresión de que Batters no se había franqueado por completo con él y no quería mencionar que conocía el hecho de que Thelma había tomado parte en las orgías que se celebraban mensualmente en la residencia privada del sujeto.

Antes de continuar hablando con Batters, quería conversar largamente con Perla Hancock.

Perla, los largos cabellos sueltos sobre los hombros, vestida con una sencilla bata corta y la cara completamente limpia de maquillaje, regresó a la sala donde aguardaba su huésped, con una copa en las manos.

—De modo que quieres que te lo cuente todo —dijo.

—Sí. ¿Has hablado con Lisbeth?

Perla asintió.

—Me ha dicho que puedo confiar en ti —respondió.

—Gracias.

—Lisbeth sí es una buena chica. Sólo asistió una vez a las orgías de El Monte, pero escapó apenas vio lo que sucedía.

—Ah, la residencia se llama El Monte...

—Así es. ¿La conoces?

—No, pero me gustaría que tú me acompañases.

—No podremos entrar...

Cayland sonrió.

—Deja eso de mi cuenta —contestó—. Tú sí participas en las fiestas.

Perla se encogió de hombros.

—Pagan bien —repuso—. Eso, por una parte; por otra, si me niego a ir, Andy me despedirá. Tiene influencias... y si no trabajo aquí, no trabajaré en ninguna parte, excepto en las esquinas de las calles. No me gusta, ¿comprendes?

—Comprendo. Dime, ¿conoces los nombres de alguno de los asistentes a esas fiestas?

—No. Es decir, no conozco los apellidos. Nos ordenan ser discretas. Le llamamos Jim, Jack, Frankie, Alf, Freddie... Pero en

esta clase de asuntos, lo mejor es tener la boca cerrada.

—Cosa que, por lo visto, no hizo Thelma. ¿Te dijo algo sobre los motivos que la impulsaban a viajar a Slipher City?

—Lo único que sé es que dijo que iba a volver rica. Yo me imaginé sus planes, pero ¿cómo disuadirla? Era terca como una mula. Cuando algo se le metía en la cabeza, no se volvía atrás, ni con una pistola en el pecho.

—Por eso le metieron una bala en el corazón —murmuró Cayland pensativamente—. Dime, ¿alguna vez la viste con una cámara en las manos?

—¿Una cámara fotográfica? Absurdo... Si lo hubiera intentado, los esbirros de Andy le habrían rajado la cara.

—Sin embargo, un chantaje, en un asunto de esta clase, sólo se puede llevar a cabo si se dispone de fotografías.

Perla se encogió de hombros.

—Yo nunca la vi con una cámara en las manos —insistió.

Cayland meditó unos instantes. Si Thelma había tomado fotografías, ¿no habría utilizado alguna microcámara, oculta en un objeto de apariencia corriente?

—¿Puedo pedirte un favor? —consultó al cabo.

—¿De qué se trata? —inquirió Perla, recelosa.

—Quiero conocer El Monte. ¿Podrías acompañarme mañana? Bueno, luego, porque son casi las dos de la madrugada...

Perla vaciló un instante.

—Ven a buscarme a las dos de la tarde. No suelo madrugar —accedió al cabo.

Cayland se levantó. Ella le acompañó hasta la puerta.

—Gracias —dijo.

—¿De qué? —se extrañó él.

—Pensé que... intentadas... pedirme algo...

Cayland movió la cabeza.

—No me han faltado deseos, pero no estoy aquí para, digamos, satisfacer mis apetitos físicos, por expresarlo con palabras decentes.

Perla sonrió.

—Eres un chico estupendo —dijo—. Ven a las dos en punto.

—No faltaré a la cita —prometió Cayland.

Perla se había ataviado con una holgada blusa de manga corta, pantalones oscuros y llevaba un pañuelo a la cabeza. Junto con las

gafas de color, resultaba un indumento muy apropiado para hacerla pasar desapercibida, sin la apariencia detonante que ofrecía en otras ocasiones.

El coche rodó cerca de una hora, hasta llegar a una zona prácticamente deshabitada. Desde lo alto de una pequeña loma, donde le hizo detener el coche, Perla le señaló una extensa posesión, circundada por un elevado muro de mampostería.

—Eso es El Monte.

Cayland había comprado unos prismáticos aquella misma mañana. Con la ayuda del aparato óptico, recorrió minuciosamente el interior de la propiedad, en la que había abundantes árboles de copa muy frondosa, extensas zonas de césped y macizos de flores, así como una gran piscina, con un artístico surtidor, que renovaba el agua continuamente. Al fondo, se veía una casa de dos pisos, con numerosas habitaciones. La entrada estaba defendida por una puerta de metal, sin el menor hueco, lo que impedía la visión de lo que había al otro lado. La tapia, además, no medía menos de cinco metros de altura, lo cual evitaba miradas indiscretas de posibles curiosos. Pero la misma situación de la residencia, en un lugar completamente aislado, hacía que las fiestas se desarrollasen con absoluta tranquilidad, sin temor a incursiones enojosas.

—¿Cuántos hombres suelen acudir cada vez? —preguntó Cayland de súbito.

—Quince, veinte... Lo pagan bien, créeme; ninguno de ellos entra ahí por menos de dos mil dólares.

—Pongamos veinte a dos mil... cuarenta mil dólares —calculó Cayland—. ¿Sólo una vez al mes?

—Tengo entendido que se celebran más fiestas. Pero, en todo caso, deben emplear a otras chicas. Yo me imagino que Andy tiene un par de grupos diferentes y las de uno desconecemos a las que forman parte del otro. Sin embargo, pienso que no pueden celebrar más de dos fiestas al mes.

—Eso representaría ochenta mil dólares. Descontando los gastos, que no deben ser bajos, le quedarán limpios cuarenta mil... casi medio millón al año. No está mal, ¿eh?

—Un bonito negocio, en efecto. Pero si lo que intentaba hacer Thelma hubiera tenido éxito, ese negocio se habría ido al diablo —dijo Perla.

—Podría irse, si os negarais...

Perla suspiró.

—Ya te dije cuáles son las condiciones en que trabajo. Realmente, estoy atrapada y no puedo salirme de este maldito engranaje.

—¿No ha habido denuncias a la policía?

—¿Denuncias? —Perla rió agriamente—. ¿Por una fiesta que se celebra en un lugar privado, sin vecinos a los que pueda molestar el ruido? Además, Andy es muy listo y no tolera drogas, que sí podría llamar la atención de la policía. Sé que un par de invitados han intentado tomar drogas, y también una o dos chicas, y los ha suprimido de inmediato de su agenda.

Cayland hizo un gesto de aquiescencia.

—Sí, una precaución muy útil. Tal vez la policía lo sepa, pero, puesto que no molestan a nadie ni, supongo, hay quejas de malos tratos...

—Andy echa a todo el que se propasa en ese sentido. Carne, la que quieran; sadismo, en absoluto. Además, siempre hay unos cuantos gorilas que no toleran que los invitados se desmanden. Yo puedo corretear desnuda, delante de un tipo cachondo, que quiere revolearme en medio de la hierba y no pasará nada... pero los perversos no tienen sitio en estas fiestas. Nada de látigos ni instrumentos que puedan hacer daño.

—Vino, mujeres y música.

—Exactamente. Y comida a discreción, claro. Aunque sé de más de un invitado que se encapricha de alguna chica y la contrata para sesiones privadas, fuera de El Monte. A eso, Andy no se opone, siempre que ella acuda normalmente a su trabajo.

Cayland se acarició el mentón. No, no había la menor duda; se trataba de un chantaje. Pero ¿cómo había tomado Thelma las fotografías?

—Perla, ¿sabes tú dónde vivía Thelma?

—Por supuesto. ¿Es que quieres...?

Cayland dio el contacto de nuevo y maniobró para hacer girar el automóvil en redondo.

—Sí, llévame a su apartamento —pidió.

El conserje del edificio conocía a Perla y le entregó sin dificultad la llave del apartamento. Perla, por consejo de Cayland, no

mencionó la muerte de Thelma, limitándose a decir que quería recobrar unos pendientes que le había prestado tiempo atrás y que necesitaba ahora. Momentos después, Cayland y la joven entraban en el apartamento.

Todo estaba en orden. Era evidente que Thelma había preparado su viaje con minuciosidad. Incluso había estado muy bien informada de las actividades de los ciudadanos de Slipher City, porque ello le había permitido reservar su localidad con tiempo, aunque con un nombre supuesto. Pero, en el momento oportuno, había hecho su aparición... y alguien que sabía su llegada, había juzgado conveniente quitarla de en medio.

Y el problema era, ¿habían encontrado las fotografías comprometedoras?

Cayland se dedicó a un metódico registro del apartamento, buscando sobre todo en los lugares donde podían estar escondidas las fotografías. Una hora más tarde, completamente desalentado, empezó a pensar que había perdido el tiempo.

En uno de los cajones de una consola, había encontrado algunos papeles que no le parecieron de importancia, ya que eran facturas principalmente y los resguardos de dos prendas llevadas a la tintorería. Cansado, empezó a pensar en la conveniencia de abandonar el apartamento.

Maquinalmente, buscó cigarrillos, pero encontró que había consumido el último paquete.

—Perla, ¿puedes darme un cigarrillo? —solicitó.

—Lo siento, no fumo.

Cayland la miró incrédulo. Ella se echó a reír.

—Así, como suena. Claro que, en ocasiones, debo simular que me gusta y acepto un cigarrillo, pero sólo cuando no tengo otro remedio. Nunca llevo tabaco encima... pero si tantas ganas tienes, ahí veo un paquete que, sin duda, se dejó Thelma olvidado. Ella sí fumaba.

Cayland se acercó a la mesita auxiliar, en donde se veía un paquete de tabaco, con caja de cartulina, blanca y roja. Al cogerlo, le pareció notar que pesaba más de lo ordinario.

Intentó levantar la tapa, pero sólo se alzó la mitad. Había un cigarrillo y se lo puso en los labios pensativamente. ¿Qué ocultaba aquella caja?, se preguntó.

De repente, le pareció que estallaba en su cerebro una luz cegadora. Con mano nerviosa, deshizo la envoltura de cartón. Una diminuta cámara fotográfica, apareció en el acto ante sus ojos y los no menos asombrados de Perla.

—¡Por todos los diablos! —exclamó ella pintolescamente—. Ahora empiezo a comprender... Cuando asistíamos a las fiestas, ella iba siempre con un paquete de tabaco en la mano... Y nunca tenía fósforos, siempre pedía fuego...

En aquel instante, Cayland recordó algo. Corrió a la consola y revolvió todos los papeles. Una de las facturas era de una tienda de artículos fotográficos y la guardó inmediatamente en el bolsillo.

—La cosa empieza a aclararse —sonrió—. ¿Vamos, Perla?

—Sí, como digas.

Cuando se disponían a salir, la puerta se abrió de golpe y un hombre irrumpió en el apartamento, con una pistola en la mano.

—Deme la cámara —exigió abruptamente.

CAPÍTULO IX

Hubo un instante de silencio. Perla se llevó una mano al pecho, mientras Cayland miraba fijamente al recién llegado.

—¿Qué cámara? —preguntó.

—Vamos, no se haga el distraído. Demasiado lo sabe...

—Pues... no, no lo sé. Soy el inspector de techos del municipio y estaba examinando los de este apartamento.

El pistolero puso cara de idiota.

—¿Inspector de techos? —repitió, atónito.

—Sí. Yo reviso los de todas las casas de esta ciudad y cuando veo alguno en mal estado, informo al dueño, para que haga las reparaciones inmediatamente, so pena de una fuerte multa. Por ejemplo, el techo de este apartamento: su estado es malísimo y se va a desplomar de un momento a otro. Está lleno de grietas...

El pistolero, instintivamente, alzó la cabeza. Entonces, con la mano izquierda, Cayland apartó el arma y conectó el puño derecho contra la mandíbula que se le ofrecía tan tentadoramente. Sonó un gruñido y luego se oyó el ruido de un cuerpo al desplomarse sobre el pavimento.

Cayland no perdió el tiempo. Agarró el revólver del sujeto y le quitó todas las balas, guardándolas en el bolsillo. El pistolero tenía la boca abierta y le puso el cañón dentro, mientras Perla reía casi histérica.

—Inspector de techos... Es lo más divertido que he oído...

—Ese tipo pensará lo mismo cuando despierte. ¿Le conoces?

—Sí, es uno de los matones de Andy. Se llama Culley Vargo. Nos habrá seguido...

—Tal vez. Lo peor de todo es que ha podido reconocerte.

—No lo creo. Culley está habituado a verme con otro aspecto. De todos modos, a la noche lo sabré.

—Si Andy sospecha de ti, puede darte un disgusto.

—Veremos —contestó ella—. ¿Vamos?

Vargo empezaba a despertar en aquellos instantes. Al cerrar la boca, sus dientes chocaron contra el acero del cañón, lo que le arrancó un gruñido de dolor. Cayland se dio cuenta de que el golpe que le había propinado no había sido todo lo fuerte que habría sido de desear y le atizó otro, que volvió a dejarlo sin sentido por segunda vez.

—No quiero que nos siga —rezongó.

Y se inclinó sobre el caído pistolero.

—Perla, ¿te asustarías de ver a un hombre desnudo?

—Oh, no, claro... —Ella se echó a reír de nuevo al comprender las intenciones del joven—. Es una buena idea, tú.

—Busca una maleta por ahí adentro. Nos llevaremos todas las ropas de este rufián.

Cinco minutos más tarde, salían de la casa. Frente al edificio, había un coche parado. Tras el volante se hallaba un sujeto de rostro tan mal encarado como Vargo. Audazmente, Cayland se le acercó y dijo:

—Culley está arriba. Dice que subas inmediatamente.

El hombre se apeó en el acto y corrió hacia el edificio. Cayland aprovechó la ocasión para deshincharle las dos ruedas delanteras. Luego agarró el brazo de Perla y se la llevó casi a rastras hasta su coche.

—Eres un ciclón —dijo ella, admirada.

—No, simplemente actúo de una forma a la que esos tipos no están acostumbrados. Tienen una rutina y, en cuanto se salen de ella, ya no saben qué hacer.

Nigel Rymes examinó la microcámara, vio la factura y luego hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Sí, la compró aquí —dijo.

Cayland tenía una fotografía de Thelma en el bolsillo y la enseñó al dueño de la tienda de artículos fotográficos.

—¿Es ésta, señor Rymes?

—En efecto, la misma. ¿Por qué lo pregunta?

—Ella tomaba ciertas fotografías. ¿Se las traía a usted para revelar?

—Oh, no, en absoluto. Las revelaba y positivaba ella misma, aunque en mi laboratorio.

—¿Cómo? —Respingó Cayland.

—Verá, la señorita Wanderer vino hace cosa de un año a mi tienda y dijo que quería aprender fotografía. Hubo un tiempo en que yo tenía discípulos y... bien, aunque ya no enseño, no vi inconveniente alguno en hacerlo con ella. Era una joven muy dulce y sensitiva...

Cayland estudió el rostro de Rymes, un cincuentón hastiado de una vida sin alicientes, medio calvo y poco agraciado. Tal vez, la llegada de Thelma había sido como un soplo de aire fresco para una existencia monótona y rutinaria, pensó.

—Siga, por favor —pidió amablemente.

—Bien, la señorita Wanderer demostró ser una discípula muy aventajada y en poco tiempo dominó todos los secretos del positivado y revelado. Un día, sin embargo, me pidió una microcámara.

—¿No le extrañó, señor Rymes?

—Bueno, un poco... pero ella dio a entender que era una especie de agente del gobierno... Yo pensé que éstos tienen sus escuelas propias de fotografía... pero también pensé que podía tratarse de un caso muy especial... Vamos, un agente eventual... Recuerden que en San Diego hay una base naval importantísima...

—Sí, es cierto. ¿Qué más?

—Bueno, ella compró la microcámara y película... y luego venía a mi laboratorio y revelaba los negativos. Son pequeñísimos; no tienen más de dos milímetros de ancho, por tres de largo... pero la cámara es magnífica, con un objetivo muy luminoso. Además, utilizaba película de máxima sensibilidad, de modo que no necesitaba *flash*... Con una luz de una vela, se podían obtener unas fotografías realmente fantásticas...

Cayland entregó la microcámara al dueño de la tienda.

—Por favor, vea si hay película en su interior —solicitó con una sonrisa—. Yo soy un lego en cuestión de cámaras fotográficas...

—Sí, desde luego.

Ryme se retiró unos instantes a su laboratorio. Perla contempló admirada a su acompañante.

—Estás a punto de resolver el caso —dijo a media voz.

—No lo creas —contestó él—. Todavía falta mucho, aunque debo admitir que el hallazgo de la cámara ha representado un paso

muy importante.

—Y Andy lo sospechaba...

—A la noche hablaré yo también con él.

Ryme apareció de nuevo.

—Lo siento —declaró—. La cámara está vacía.

Cayland entornó los ojos unos momentos. Luego sonrió.

—Gracias por su amabilidad, señor Ryme —dijo.

—Oigan... Ella está muerta, ¿verdad? —exclamó el comerciante.

—Sí, la asesinaron.

Ryme bajó la cabeza.

—Era una chica preciosa, tan amable... Yo la apreciaba muchísimo...

—Lo lamentamos de veras —dijo Cayland—. Lamentamos infinito haber sido portadores de una funesta noticia.

Perla salió muy conmovida de la entrevista.

—Pobre hombre. Debió de haberse enamorado sinceramente de Thelma —comentó.

Cayland hizo un gesto de asentimiento.

—Tal vez pensaría de otro modo si la hubiese conocido en la realidad —manifestó.

—Oh, no; los hombres como Ryme, cuando se enamoran, no piensan en lo que ella pueda ser, sino en lo que es. Tú me entiendes, ¿verdad?

—Sí, pero en estos momentos, me interesa más el paradero de los negativos.

—¿Qué me dices de los positivos? Ella tuvo que enviar fotografías a los supuestos chantajeados, a fin de probarles que no bromeaba...

—Si envió fotografías, es indudable que se quedó con los negativos, para poder presionar, caso de renuencia por parte de los amenazados. Y esas fotografías interesan mucho menos que los negativos. Imagínate que caen en otras manos... que es, muy posiblemente, lo que alguien está intentando. ¿Te imaginas el estallido?

Perla se estremeció.

—En una población como Slipher City, sería terrible —dijo. Pensativamente, añadió—: ¿Crees que Andy tenga algo que ver con el asunto?

—A la noche podré contestarte a esa pregunta —dijo él.

La cámara cayó sobre la mesa de Andy Batters, quien alzó la vista, sorprendido, para contemplar a su visitante.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Lo que buscaba un tipo llamado Culley Vargo. ¿No le ha dicho que se encontró con un inspector de techos de viviendas?

Los labios de Batters se contrajeron.

—Maldito estúpido... Actuó sin mi consentimiento, créame.

—O sea, usted le había ordenado solamente que me siguiese.

—Lo admito —contestó Batters sin pestañear.

—Usted, sin duda, le había hablado de una cámara fotográfica.

—Sí. —Batters volvió a apretar los labios—. Uno de mis clientes se me quejó. Alguien le había enviado fotografías muy comprometedoras. Me imagino que usted conoce parte de mi negocio...

—Desde luego. No quiero calificarlo, porque sé que las palabras duras no van a hacerle mella. Pero continúe, por favor.

—Ese asunto me rinde medio millón limpio al año. ¡Qué diablos!, yo no tengo la culpa de que la gente sea así...

—Claro. «Si no lo hago yo, lo hará otro» —dijo Cayland con sorna.

—Mire, amigo, en este mundo, los billetes vuelan constantemente. Sólo los tontos dejan de atraparlos y le aseguro que yo no soy tonto. Ahora bien, el asunto de las fiestas en El Monte se mantiene próspero, porque se actúa con el máximo de discreción. Si una de las putillas que va allí para ganarse unos cientos de dólares, quiere ganar más dinero con fotografías, me puede arruinar.

—Y no puede consentirlo y por eso hizo asesinar a Thelma.

—No sea estúpido —contestó Batters de mal talante—. ¿Quién diablos sino yo le envió a usted cinco mil dólares? ¡Y tendrá veinte mil cuando haya encontrado al asesino!

Cayland se quedó con la boca abierta.

—De modo que fue usted...

—Sí. Lo hice en cuanto me enteré de lo ocurrido. Tengo allí a un buen amigo, y él me informó de la persona más adecuada para realizar una investigación seria, inteligente y eficaz. También sé que el comisario de policía es una nulidad. Por eso le envié el dinero... pero no quería que usted conociese mi identidad, hasta el momento

apropiado. Ese imbécil de Vargo lo ha echado todo a perder, con su intervención inoportuna.

—Vaya, qué sorpresas da la vida —exclamó el joven—. De modo que usted quiere...

—Sí. Encuentre al asesino de Thelma y recibirá veinte mil dólares más.

Sobrevino un instante de silencio. Cayland meditaba profundamente. Le había desconcertado la noticia, por inesperada. Mientras reflexionaba, se preguntó quién podría ser el amigo de Batters en Slipher City. Claro que, con tantos «clientes»...

De repente, tomó una decisión. Sentándose ante la mesa, sacó su talonario de cheques, relleno uno, lo arrancó y lo puso delante de Batters.

—¿Qué es esto? —exclamó el sujeto.

—Le devuelvo su dinero —respondió Cayland, a la vez que se ponía en pie.

—Pero yo no lo quiero...

—Y yo no quiero tener con usted el menor trato. Estoy investigando la muerte de Thelma, pero no por conveniencias suyas, sino porque me lo pidió el comisario Jackeby, del que soy buen amigo. Es cierto que acudí a él, después de recibir el dinero, aunque tengo la sensación de que Jackeby me habría solicitado ayuda, sin necesidad de otros estímulos. Así, pues, considere canceladas nuestras relaciones y ello de una manera absoluta y definitiva.

Los ojos de Batters se entornaron. Lentamente, hizo pedacitos el cheque y luego los arrojó al aire.

—Nadie que trabaja para mí, se marcha sin que yo lo permita. Quiero decir que no abandona el empleo sin mi permiso. Y usted, ahora, es mi empleado, le guste o no, Cayland.

El joven sonrió.

—Si me marcho ahora, ¿va a retenerme a la fuerza?

—Trate de hacerlo... porque, además, sé que ha localizado los negativos de las fotografías que tomó Thelma y quiero que me los entregue.

—Ah, conque era eso —murmuró Cayland—. Le diré una cosa, Andy: la cámara estaba vacía. Y, de propina, oiga otra cosa: no sé en absoluto dónde están esos negativos.

—¡Miente! —rugió Batters.

Cayland se encogió de hombros.

—Piense lo que quiera —respondió tranquilamente—. Y si no quiere aceptar mi cheque, descuide: sus cinco mil dólares irán a parar a alguna institución benéfica. Sobre todo, desde que me he dado cuenta que a usted le interesaban más los negativos que aclarar la muerte de Thelma. Porque sabía que si yo concluía la investigación satisfactoriamente, encontraría los negativos... y, dígame, ¿cómo pensaba arrebatármelos?

Batters se enfureció, al advertir que Cayland había adivinado sus propósitos. Alargó una mano y presionó un timbre que había sobre la mesa.

—Ates dije que nadie que trabaja para mí se marcha sin que yo lo autorice. Va a comprobarlo inmediatamente —exclamó, con el rostro deformado por la cólera.

Segundos después, se abrió la puerta. Dos hombres irrumpieron en el despacho. Uno de ellos era Culley Vargo y tenía su pistola en la mano.

—¡Éste es el falso inspector de techos, jefe! —gritó Vargo, apenas hubo cruzado el umbral.

—Sí, y el que yo inspeccionaba se le cayó a usted encima —dijo Cayland de buen humor—. Andy, dígame, ¿qué piensa hacer ahora?

—La respuesta es bien sencilla: obligarle a que me diga dónde están los negativos —respondió Batters—. Admito que Culley se precipitó esta tarde, pero puesto que ya hemos puesto las cartas boca arriba, no necesitamos seguir fingiendo. ¿Randy?

—Diga, jefe —contestó el otro sujeto, un gigantesco individuo que medía dos metros de altura y pesaba ciento, diez kilos por lo menos.

—A este caballero le he hecho una pregunta y no quiere contestarme —dijo Batters.

—No se preocupe, jefe —sonrió el gigante—. En seguida tendrá la respuesta.

Avanzó un paso. Súbitamente, disparó su puño derecho, enorme, pesado, lleno de devastadora potencia... pero el puño sólo encontró el vacío. Cayland se agachó velozmente y clavó el suyo en el estómago del gigante, arrancándole un aullido de dolor.

Randy era muy fuerte, pero también torpe y pesado, por razón de su mismo volumen físico. Antes de que pudiera reaccionar,

Cayland se había situado a sus espaldas, lo que le permitió arrearle un tremendo puntapié en las posaderas, que le arrancó un aullido de dolor.

Randy giró en redondo. De nuevo disparó su puño derecho, pero ahora Cayland, empleando una nueva táctica, agarró su muñeca con ambas manos y tiró con todas sus fuerzas, saltando a un lado, para evitar que le cayera encima aquella mole humana. Randy, perdido el equilibrio, se desplomó hacia adelante.

Vargo estaba muy cerca y quiso evitar el choque, pero, sorprendido, actuó demasiado tarde. Randy, manoteando furioso, le golpeó involuntariamente en la mano armada.

Estalló una detonación. El eco fue un terrible alarido que sorprendió a todos los presentes.

Batters tenía las manos en el pecho, y su rostro aparecía desfigurado por una mueca de horror infinito. Cayland vio sangre entre sus dedos.

Cuando empezaba a caer, se abrió la puerta. Perla vio la escena y lanzó un horrible chillido:

—¡Han asesinado a Batters!

Fuera, en el corredor, sonaron gritos de alarma. Vargo, estupefacto, no acertaba a reaccionar.

—No... yo no quería...

Cayland se arrodilló junto al caído y lo volvió boca arriba. La gente empezaba a aglomerarse en la puerta.

Meneó la cabeza.

—Vargo, temo que va a verse en problemas con la policía —vaticinó.

El arma homicida estaba todavía en la mano de su dueño.

—Declararé que usted me golpeó...

—¿Yo? —Cayland se puso en pie, limpiándose maquinalmente la rodilla derecha—. ¿De quién es el revólver, amigo?

Volvió la espalda el pistolero y se acercó a la mesa, para levantar el teléfono.

—Póngame con la policía, por favor...

Súbitamente, se oyeron unos gritos de espanto. Vargo, a viva fuerza, amenazando a todos los presentes con el arma, se abrió paso hacia la salida.

—No dejaré que me agarren —exclamó—. ¡Fuera, fuera,

apártense todos!

Randy se había levantado ya. Furioso, se arrojó contra el fugitivo y le asestó un tremendo puñetazo en la nuca, que lo derribó sin sentido instantáneamente.

—Pagarás por lo que has hecho, maldito hijo de puta... — barbotó.

Cayland aplaudió fuertemente.

—Bien, Randy, así se hace —exclamó. Debía ser un hombre muy leal a su jefe, pensó.

CAPÍTULO X

Al llegar a casa, Perla sacudió los pies sucesivamente y despidió los zapatos con fuerza. Luego exhaló un suspiro de alivio.

—La noche ha sido movida, ¿eh? —comentó, mientras se acercaban al pequeño bar que tenía en la estancia—. ¿Qué quieres beber, Kent?

—Licor, nada —respondió él, mientras se despojaba de la chaqueta—. Es ya muy tarde, pero me gustaría tomar un poco de café.

—Estará muy pronto —aseguró ella, mientras se dirigía al interior del apartamento. De pronto, se volvió hacia su huésped—: El oficial de Homicidios te ha soltado pronto —añadió.

—Le dije que era ayudante del comisario Jackeby y lo confirmó telefónicamente.

—Oh, comprendo... —Perla soltó una risita—. Ventajas de pertenecer a la «poli», claro.

—Sí, pero sólo eventualmente. Tengo un buen bufete y ya lo estoy desatendiendo más de lo conveniente.

Perla asintió y desapareció de la vista del joven. Cayland encendió un cigarrillo, preguntándose dónde podría haber guardado Thelma unos negativos de tan minúsculas dimensiones. Para una cosa tan diminuta, había multitud de escondites, reconoció un tanto desanimado.

Perla vino un cuarto de hora más tarde, con la bandeja en las manos. Se había limpiado la cara, tenía el pelo suelto y ahora vestía una bata corta, de amplias mangas, sujeta por un cinturón del mismo tejido.

—Te vuelves a Slipper City —dijo mientras servía el café.

—Sí, claro. Aquí ya no tengo nada que hacer... Pero me preocupas tú. Tu futuro, mejor dicho.

Ella se echó a reír.

—No te preocupes, buen mozo —exclamó—. Una chica de mi clase siempre tiene trabajo. Y, si quieres que te diga la verdad, me alegro de no tener que ir más a El Monte. Lo que se hacía allí es verdaderamente repugnante.

—Todo el mundo puede salir del hoyo, a poco empeño que se ponga en ello. Piensa en Lisbeth, por ejemplo.

—Sí, es una buena chica... buena de veras. A pesar de lo que fanfarroneaba Batters, consiguió dejarle. Tiene mucha energía y cuando él se empeñó en que se quedara, Lisbeth le plantó cara. Batters era más blando de lo que aparentaba, aunque también pudo pensar que por una que le dejase, no merecía la pena buscarse complicaciones. Lisbeth le enseñó una navaja, ¿sabes?

—¡Caramba, es una mujer de armas tomar! —exclamó Cayland, sincera y agradablemente sorprendido.

—Yo debiera haber hecho como ella... pero pensaba en el dinero que ganaba y... —Perla meneó la cabeza melancólicamente—. En fin, no sé si algún día...

Miró a su huésped y sonrió.

—Quizá algún día tenga fuerzas para dejar esta clase de vida y no tener que desnudarme delante de la gente —añadió.

—Inténtalo —aconsejó él. Se puso en pie—. Perla, te diré una cosa: me alegro infinito de haberte conocido.

Perla se le acercó y le puso ambas manos sobre los hombros. Cayland observó que tenía los ojos húmedos.

—A veces, una no tiene la suerte de conocer al hombre adecuado...

—No soy el único —contestó él, sonriendo.

—Los tipos cómo tú no abundan demasiado. Te deseo toda la suerte del mundo, Kent.

—Gracias, digo lo mismo, Perla.

Ella le rozó los labios con los suyos. Cayland le dio una suave palmadita en la mejilla. Buscó la puerta; era una despedida que se prolongaba demasiado y si seguía allí mucho rato...

Momentos después, estaba en la calle. Ya amanecía y decidió regresar a Slipher City sin pérdida de tiempo. Aunque había pasado la noche en vela, pensó que podría soportar el viaje sin demasiados inconvenientes. Fue al hotel, abonó la cuenta y emprendió la marcha sin más dilaciones.

Lisbeth alzó las cejas al verle entrar por la puerta.

—Creí que se habría marchado al fin del mundo —exclamó—. Tantos días sin noticias tuyas...

—Si las noticias fuesen algo sólido, traería un saco repleto —contestó él de buen humor.

—Será interesante oírle —dijo la chica—. Estoy muerta de curiosidad...

—Y yo tengo unas ganas locas de darme un baño. ¿Por qué no me aguarda en la glorieta dentro de treinta minutos? Dígale a Lucie que prepare almuerzo para dos; estoy desfallecido.

—De acuerdo, iré ahora mismo.

Treinta minutos más tarde, se reunían en una glorieta, en la que había un elegante cenador, de celosía de madera, cubierto casi completamente por enredaderas. Después de saciar su apetito, Cayland empezó a hablar, mientras ella le escuchaba sin interrumpirle una sola vez.

Al terminar, Lisbeth meneó la cabeza.

—No está bien alegrarse de la muerte de nadie... pero la verdad es que este país tampoco pierde nada con la falta de Batters.

—Sí, lo mismo pienso yo. Y ahora ya sabemos cómo pensaba Thelma sacar mucho dinero de esta población.

Lisbeth hizo un gesto con la mano.

—Permítame un instante, Kent. Ella conocía a muchos hombres... pero en esas fiestas no se pronunciaban nombres, según ha dicho. ¿Cómo logró enterarse...?

—Hacía ya más de un año que planeaba su golpe, si es que se le puede dar este calificativo. Supo ser paciente y tenaz... y en estas condiciones se acaba por averiguar lo que se desea. Cosa que yo no he conseguido, salvo de un par de hombres. Pero hay más, Lisbeth.

—¿Muchos?

—Lo menos una docena.

Ella se quedó pensativa unos instantes.

—Le resultará difícil demostrar la culpabilidad —dijo al cabo.

—No lo creo. Son demasiados y alguno habrá más débil que los demás. Éste es un crimen planeado entre muchos... y para evitar un mal relativamente pequeño, han provocado otro mucho mayor.

—Entonces, habrá un estallido...

—No lo dude.

—Usted es de aquí —dijo Lisbeth, mirándole fijamente—. ¿No piensa en que puede dañar a algún amigo suyo?

—Probablemente, todos lo son, en mayor o menor grado. Pero, en nombre de la amistad, ¿he de permitir que queden impunes las muertes de Thelma, el taxista y Olga Charteris? ¿Puedo cerrar los ojos a esos crímenes?

—No, evidentemente no —murmuró Lisbeth—. Pero puede sufrir muchos contratiempos...

—Espero resistirlos —contestó él de buen humor—. Ahora, dígame una cosa: ¿le gustaría quedarse aquí?

—No tengo empleo, Kent.

Cayland la miró de una manera singular.

—Probablemente, yo podré ofrecerle uno... aunque habré de esperar a tener solucionado el caso.

—¿Qué empleo, Kent?

—No sea curiosa —sonrió él—. Lo único que puedo anticiparle es que no tendrá necesidad de sacar una navaja, como hizo con Batters.

Ella se sonrojó intensamente.

—Era... la única forma de dejar aquello...

—No seré yo quien se lo reproche —dijo Cayland gravemente—. Y, si he de ser sincero, me alegro de su firmeza. ¡Ah —exclamó de pronto—, aquí viene mi buen amigo, el comisario Jackeby!

Jackeby entró en el cenador y se sentó en uno de los bancos rústicos.

—Hola —saludó pesadamente.

—Hola, Roy —sonrió Cayland—. ¿Tienes algo nuevo que contarme?

—Sí...

Lisbeth se puso en pie.

—Les dejaré solos —exclamó.

—Siéntate —ordenó Cayland perentoriamente—. También a ti te interesa este asunto.

La chica obedeció sin rechistar. Jackeby sacó un papel del bolsillo y lo puso encima de la mesa.

—Ésta es la lista —dijo.

Cayland desplegó el papel y leyó rápidamente los nombres que su amigo había escrito.

—Diez —dijo, al terminar la lectura—. Roy, ¿estás seguro?

—Absolutamente —respondió el comisario—. Mis hombres y yo lo hemos investigado a fondo.

—Y con la máxima discreción.

—Por supuesto. Todos ellos, con diversos pretextos, y por separado, marcharon a San Diego para pasar fuera el primer fin de semana del mes de marzo pasado. De algunos de ellos puedo añadir que estaban fuera todos los primeros fines de semana de cada mes.

—La estola de piel de armiño, supongo, no habrá aparecido.

Jackeby hizo un gesto negativo.

—Ni rastro. Aunque me pregunto por qué tuvieron que llevársela...

—Buscaban unos negativos. Podían ser ocultados sin dificultad en el forro. O en una billetera con la documentación, que también tiene forro.

—Pero esa billetera faltaba —alegó el comisario.

—Sí, es cierto. —Cayland sonrió—. Ahora debo pensar en la mejor forma de convocar a esas diez personas para encontrar entre ellas al que apretó el gatillo.

Jackeby se rascó la mandíbula pensativamente.

—Lo que no acabo de entender es qué pudo hacer el pobre Teddy Malí para merecerse un balazo en el corazón —dijo.

—Descuida, ya lo averiguaremos —sonrió Cayland. Súbitamente, chasqueó los dedos—. ¡Ya lo tengo! —exclamó.

—¿El nombre del asesino? —preguntó Lisbeth ávidamente.

—No, el motivo de la reunión.

—Que yo sepa, no es tu cumpleaños —dijo Jackeby.

—No, pero voy a hacer una cena de despedida de soltero. Aquí, en el propio jardín.

—¡Caramba! No sabía que ibas a casarte. ¡Qué callado te lo tenías, perillán! Y, dime, ¿quién es la afortunada?

—Está delante de ti, Roy —sonrió Cayland.

—¡Pero si no me ha dicho nada! —protestó Lisbeth.

—Claro que no, pero tú simularás ser mi prometida —dijo él firmemente.

—La futura esposa no asiste nunca a la despedida de soltero, Kent —dijo la chica.

—Ya lo sé, pero como estás alojada en mi casa, te presentaré a

todos los invitados. Luego, naturalmente, te retirarás y nos dejarás divertirnos a solas.

Lisbeth pareció remolonear un poco, pero acabó por aceptar tomar parte en el plan.

—La idea es buena, pero ¿cuándo se celebrará la fiesta? —quiso saber el comisario.

—Hoy mismo empezaré a llamar a la gente. Voy a ver si consigo que vengan el sábado por la noche.

—De todos modos, nos encontramos con el problema de no tener los negativos.

—Ya saldrán, no te preocupes. —Cayland consultó su reloj—. Voy a deciros una cosa: me caigo de sueño. He estado toda la noche sin dormir y...

Bostezó aparatosamente.

—Buenas noches —se despidió.

Jackeby y Lisbeth se quedaron solos. El comisario hizo un gesto con la cabeza.

—Es un chico estupendo —dijo.

—Usted le aprecia, estoy viendo.

—Sí. Supo abrirse paso por sí mismo, a pesar de que su tía quería ayudarle. Pero él nunca aceptó esa ayuda y cuando la señorita Starlake empezó a verse en dificultades, a consecuencia de un pasante traidor, él supo poner en orden todos sus asuntos y rescatar la mayor parte del dinero y de los bienes conseguidos con malas artes. Por eso pienso que si alguien se merecía heredar esta propiedad, era él.

Jackeby se puso en pie y miró a la muchacha.

—Le diré una cosa —añadió—. Esa despedida de soltero, va a ser pura ficción. Pero usted puede conseguir que sea realidad.

Lisbeth se puso colorada hasta la raíz del cabello:

—Comisario, yo no...

—No se lo deje escapar, es un consejo de amigo —dijo Jackeby, a la vez que recobraba su sombrero.

Lisbeth se quedó muy pensativa. Sí, la vida allí resultaría muy agradable, sobre todo en compañía de un hombre joven y apuesto como Kent. Pero ¿qué podía ofrecerle ella a cambio? Un pasado turbulento... que alguien podía desvelar en cualquier momento...

No tardó demasiado en tomar una decisión. En cuanto se

hubiese solucionado el caso, ella abandonaría Slipher City.

Lo que Jackeby había sugerido era sólo un sueño irrealizable, pensó finalmente, con el alma invadida por una amarga melancolía.

CAPÍTULO XI

La secretaria leyó la tarjeta de visita y se inclinó en el acto sobre el interfono.

—Señor Cooper, el abogado Cayland desea visitarle —anunció.

—Está bien, hágale pasar.

—Sí, señor.

Cayland sonrió.

—Gracias, señorita.

Momentos después, franqueaba la puerta del despacho privado del director de la compañía de inversiones. Sam Cooper le miró agudamente desde el parapeto que era su mesa de trabajo.

—Celebro verle, abogado —dijo—. ¿En qué puedo servirle?

Cayland se sentó desenvueltamente en un ángulo de la mesa.

—¿Conoce la noticia? —preguntó.

—¿Qué noticia? —exclamó Cooper.

—Su amigo Andy Batters murió anteayer. Uno de sus hombres le disparó un tiro.

Cooper dio un respingo, aunque volvió a la normalidad casi en el acto.

—No conozco a nadie que se llame Andy Batters...

—¿De veras? —sonrió Cayland—. Pues él me dijo todo lo contrario. Andy me habló mucho y muy bien de usted. Cuando Batters pensó en realizar una investigación sobre la muerte de Thelma Wanderer, usted le dio los informes sobre la persona que creía más adecuada. De otro modo, ¿cómo podía saber Batters mi dirección, si jamás nos habíamos visto el uno al otro ni nunca hablamos tenido la menor relación? El único amigo que Batters podía tener en Slipher City era usted. He conseguido informes suyos en San Diego, ¿sabe?

Cooper se puso pálido.

—No tengo nada que reprocharme...

—Usted abandonó San Diego porque allí olía ya tanto como el pescado podrido. Hizo una serie de estafas, que no se le pudieron probar, pero llegó a darse cuenta de que los aires de San Diego ya no le sentaban bien. Por eso eligió esta población para establecerse con su supuesta compañía de inversiones. Un día, sin saber cómo, levantará el vuelo, y dejará a unas docenas de personas completamente desplumadas.

—Me está acusando de algo que no he tenido jamás intención de realizar —protestó Cooper con voz tonante—. Todos mis asuntos son perfectamente legales y puedo demostrarlo.

—Sí, tal vez... pero recibe dinero de otras personas... En fin, éste no es asunto que me importe especialmente. Lo que sí me extraña es que todo un director de una compañía financiera emplee a dos maleantes.

—No sé a quiénes se refiere. Todos mis empleados son gente digna y respetable.

—Menos dos tipos llamados Burton Lañe y Ethan Croth, que salieron detrás de mí, cuando fui a San Diego, y quisieron tirarme por un barranco, poco antes de llegar a El Cajón. Tuvieron mala puntería y fueron ellos los que se mataron.

La cara de Copper se puso cenicienta.

—Usted —añadió Cayland, implacable— me amenazó hace unos días. Veladamente, si se quiere, pero me amenazó.

—No tengo motivos...

—Los tiene —cortó el joven con firmeza—. Porque Batters le informó del asunto y usted pensó que podría conseguir ciertos negativos y llegar así a la situación privilegiada de poder apretar las tuercas a unos cuantos ciudadanos de importancia de esta población. A usted no le convenía que yo siguiera investigando y por eso trató de eliminarme, mientras fingía colaborar con su antiguo conocido Batters. Tal vez fue usted el que me lanzó un mensaje amenazador, sujeto a una piedra...

—¡Por todos los diablos! —barbotó Cooper—. ¿Cree que soy capaz de recurrir a esos procedimientos tan estúpidos?

—En este asunto, había mucho dinero a ganar —respondo Cayland, impasible—. Y usted es de la clase de tipos que harían cualquier cosa por conseguir dinero en abundancia.

De pronto, abandonó la mesa. En pie, junto a la esquina, miró al

desconcertado Cooper, que sudaba copiosamente.

—Sí, es capaz de cualquier cosa por ganar dinero —repitió.

En dos zancadas, atravesó el despacho y abrió un armario que parecía formar parte de la pared cubierta de paneles de madera. Colgada de un perchero, se divisaba una estola de piel blanquísima.

Con ella en la mano, Cayland regresó junto a la mesa. Cooper no tenía fuerzas para hablar.

—Esta piel perteneció a Thelma Wanderer —dijo—. Usted la sustrajo del guardarropa y, como se puede apreciar, tiene el forro completamente rasgado. Seguramente, pensaba encontrar en ella ciertos negativos que tienen un enorme valor, ¿no es cierto? Bueno, si usted no la robó, lo hizo alguno de sus esbirros, aunque, para el caso, da lo mismo.

—Los negativos no están —exclamó Cooper, casi ahogándose—. No los he encontrado...

—Eso no me importa ahora, Sam —replicó el joven fríamente—. Le diré una cosa: he jurado el cargo de ayudante eventual del comisario de policía de Slipher City y poseo autoridad legal para arrestarle, acusado del asesinato de Thelma Wanderer.

Cooper se puso en pie de un salto.

—¡Yo no la maté! Lo juro —aulló.

Cayland le puso el teléfono en la mano.

—Llame a su abogado —ordenó, inflexible—. Lo va a necesitar.

—Tengo entendido que la noticia ha causado sensación en la ciudad.

Con el tenedor en la mano, en camino hacia la boca, Cayland sonrió, a la vez que miraba a la chica.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Me lo ha dicho Lucie. Ha tenido que salir para encargar las compras de las provisiones necesarias para la cena de solteros.

—Oh, ya entiendo.

—Te ponen por las nubes. —Has resuelto un misterio que parecía insoluble... pero no entiendo cómo pudo Cooper asesinar a Thelma.

—Es que Cooper no fue el asesino.

Lisbeth se quedó parada.

—¿He oído bien? —exclamó.

—Has oído perfectamente. Cooper no es el asesino.

—Pero, entonces, ¿por qué lo has detenido?

—Oficialmente, está acusado del crimen. Cuando llegue el momento, esa acusación será sustituida por la de robo de pruebas de un delito. Naturalmente, me interesa que el asesino, mejor dicho, el grupo de asesinos, se confíen y acudan a casa, mañana por la noche, sin sospechar la verdad.

—No acabo de entender tu plan...

—Cooper supo, por Andy Batters, que era un asunto en el que podía ganar mucho dinero. Batters, ciertamente, sólo quería que su negocio de las fiestas en El Monte continuase sin problemas. Aunque, eso sí, deseaba que yo le consiguiera los negativos, para en su día, y si era necesario, apretar las clavijas a quien se pusiera un poco pesado, por decirlo de alguna manera. Ésa es la razón por la que anticipó cinco mil dólares y estaba dispuesto a pagar veinte mil más. Pero Cooper, antiguo amigo suyo, se olió también el negocio y decidió que él y sólo él debía recoger los frutos. A Cooper le interesaban más los negativos que la identidad del asesino de Thelma.

—Bien, son muchos, pero sólo uno apretó el gatillo...

—Con la anuencia del resto. Según la ley, el cómplice de un asesinato, puede ser condenado a la misma pena que el ejecutor material. Y todos estaban de acuerdo en que Thelma debía desaparecer del mapa. Lo que sucede es que fracasaron en conseguir los negativos.

—Y no se encontrarán jamás.

—Te equivocas, Lisbeth.

Los ojos de la chica se abrieron desmesuradamente.

—¡Los has encontrado! —Adivinó.

Cayland sonrió, malicioso.

—Sí.

—¿Dónde estaban? Por favor, no me tengas sobre ascuas...

—Lo siento muchísimo, pero vas a tener que aguardar a mañana por la noche, que es cuando se celebra la fiesta de despedida de soltero.

—Yo no estaré presente...

—La cena será al aire libre y tú podrás ver y oír todo desde la ventana de tu dormitorio.

—Oh, comprendo... No sé si podré aguantar hasta mañana...

El joven se echó a reír.

—Será preciso que te armes de paciencia —dijo—. Y si temes pasar la noche en vela, toma un sedante.

—Trataré de no pensar mucho en el caso —respondió Lisbeth—. Kent, ¿puedo pedirte un favor?

—Sí, claro...

—Thelma... bueno, su cuerpo, continúa todavía en el frigorífico de la Morgue. No puede estar allí indefinidamente.

—Descuida. Una vez hayamos capturado al asesino, la enterraremos.

—Yo la apreciaba mucho. Me ayudó... Era una chica excelente, a pesar de sus defectos...

—Lisbeth, el agradecimiento es una virtud que no se debe abandonar, aunque la persona por la que se siente gratitud tenga todos los defectos del mundo —dijo Cayland sentenciosamente—. Comprendo tu duelo y te prometo que le haremos un funeral sencillo, pero digno.

—Gracias —contestó ella, muy conmovida.

«Duelo por una rubia difunta», pensó Cayland. Una hermosa mujer, que había aparecido misteriosamente en una tranquila población y que había sido asesinada mediante un plan diabólicamente concebido y audazmente ejecutado. Aquella muerte había sido el primer acto de un drama, cuyo final estaba ya a punto de producirse, en una terrible explosión que sacudiría hasta los cimientos a una tranquila población.

Ciertamente, los propósitos de Thelma no habían sido honestos, pero tampoco se merecía llegar a ciertos extremos. Mucho menos, cuando dos personas inocentes también habían sido asesinadas.

Miró a la muchacha y sonrió.

—¿Quieres escuchar algo de música? —sugirió.

Lisbeth se puso de pie instantáneamente.

—¡Encantada! —respondió.

CAPÍTULO XII

Había varias hileras de farolillos japoneses colgadas de los árboles y también algunos proyectores que proporcionaban suficiente iluminación al ambiente. Sobre una larga mesa, se habían dispuesto toda clase de viandas, especialmente fiambres, y había también abundancia de vinos y licores y champaña. La mayoría de los invitados expresaban su sorpresa por la inesperada decisión del anfitrión. Todos ellos conocían a Cayland y ninguno había sido capaz de imaginarse que un día pudiera abandonar el que calificábanle feliz estado de soltería.

Cuando Cayland presentó a su supuesta prometida, estalló una cerrada ovación. Lisbeth fue saludada y felicitada efusivamente por todos los presentes. Alguno dijo que pensaba matar pronto a Cayland, para casarse con ella, pero Lisbeth contestó que ni lo soñase, o lo perseguiría por toda la redondez del planeta, para vengarse. Hubo más risas y, al fin, Lisbeth se despidió y dejó solos a los hombres.

Mientras mordisqueaba un poco de carne fría, Cayland estudió a sus invitados. Todos ellos eran personas de excelente posición en Slipher City. Había un par de solteros, pero por su situación social y económica sabía que el escándalo podía afectarles tanto como a los casados. No se trataba de un simple devaneo con una dama complaciente, sino de unas orgías escandalosas, cuyo conocimiento público podía arruinarlos.

Allí estaba Tinky Mowell, accionista principal de un Banco, casado con una mujer gorda y gruñona; Rory Hennigan, grueso, sanguíneo, propietario de un importante negocio de venta de automóviles, y de un par de estaciones de servicio; Matt Pearson, agente de seguros, con una buena cartera; Washington Clarence Mortensen, gerente de unos grandes almacenes y propietario de vastas extensiones de terreno; Roben P. Layden, fornido, atlético,

soltero, con la única ocupación de gastar la fortuna de su anciana madre; Link Haroldson, abogado con una espléndida fama y capaz de cobrar a un pobre hasta el último centavo, con tal de ganar dinero... Y, por supuesto, también estaban Harvey Potts y Guss Tharston. Posiblemente, los peor dotados económicamente.

Pero todos ellos habían tomado parte en las orgías que se celebraban en El Monte. Y era evidente que el anuncio del chantaje de Thelma Wanderer les había llenado de pánico.

Pearson se le acercó y palmeó efusivamente su espalda.

—¡Enhorabuena, muchacho! —exclamó—. Ya es hora de que te unas al club de encadenados por el matrimonio.

—Ahora ya no te tendremos envidia por seguir soltero —rió Haroldson.

—En todo caso, te envidiamos por la novia —terció Mowell.

—Es preciosa, Kent —dijo Hennigan.

—Además, te has convertido en un hombre famoso —añadió Potts.

—Has cazado al asesino de la rubia —dijo Pearson—. Parecía imposible...

—Lo que parecía mentira es que fuese Cooper —exclamó Mowell—. Siempre le tuve en gran estima y nunca imaginé que fuese capaz de cometer un crimen semejante.

—Cooper no fue —declaró Cayland sorprendentemente—. Tiene que ver con el asunto, pero no mató a Thelma Wanderer.

Un penetrante silencio se hizo después de aquellas palabras. Cesaron las risas y dejó de escucharse el tintineo de copas y cubiertos.

Tharston salía en aquel momento de la casa, ajustándose el cinturón de los pantalones y se quedó parado, a pocos pasos del grupo. Desde la ventana de su dormitorio, Lisbeth, oculta tras las cortinas de muselina dorada, pudo apreciar el súbito cambio de expresión de los diez invitados.

Diez pares de ojos miraban fijamente al anfitrión. Potts fue el primero en romper el silencio, con un fuerte carraspeo y una interrogación llena de cólera:

—Entonces, si no fue Cooper, ¿quién diablos lo hizo?

—Calma, Harvey —sonrió Cayland—. Antes de declarar el nombre del asesino, conviene que hagamos un poco de historia.

—¿Historia? —estalló Pearson—. Una mujer fue asesinada. Eso no es historia, me parece.

—Tinky, te olvidas de Malí, el taxista, y también de Olga Charteris —dijo Cayland gravemente—. Esos dos crímenes están relacionados con la muerte de Thelma Wanderer, mejor dicho, son consecuencias de ese asesinato. Pero, como he dicho antes, conviene hacer un poco de historia.

»Hace ya algún tiempo, tal vez un par de años, alguien, en Slipher City, descubrió que en San Diego había un lugar donde se podían pasar agradables fines de semana, con absoluta discreción, aunque no precisamente por un precio barato. Esos fines de semana incluían la diversión clásica de los hombres: música, vino y mujeres hermosas. El primero que lo supo lo contó a otro, éste a otro... y así se extendió la noticia, aunque he de declarar que no importa quién fue el primero. Lo que sí importa es saber que en los últimos tiempos diez ciudadanos prominentes de Slipher City se desplazaban, separadamente por supuesto y con regularidad mensual, a San Diego, para tomar parte en una de esas orgías, que se celebraban en un lugar denominado El Monte, propiedad de un tipo llamado Andy Batters.

»La discreción estaba garantizada. Ninguno de los asistentes declaraba jamás su identidad. Todos eran Jim, Jack, Tommy, Bob... no había drogas ni se bebía excesivamente y cada cual podía tomar a la muchacha que le apeteciese. Eran dos días de absoluto desenfreno, muy divertidos, según se mire, y que servían para descargar parte de las energías acumuladas durante un mes de vida rigurosamente honesta. Oh, no pienso reprochar a nadie lo que haya podido hacer; a fin de cuentas, se trata de un asunto estrictamente íntimo... y todos, en mayor o menor grado, somos pecadores. La cosa varía, sin embargo, cuando se trata de un asesinato.

Cayland hizo una pausa para refrescarse con un sorbo de champaña. Luego, continuó:

—Una de las chicas que tomaban parte en las fiestas se llamaba Thelma Wanderer. Correteaba desnuda, como todas, y siempre llevaba en la mano un paquete de cigarrillos, de caja blanca y roja. Nadie sospechaba de ella, pero, en realidad, el paquete de tabaco ocultaba una microcámara, con la que tomaba fotografías de

escenas comprometidas. Esto duró mucho tiempo y Thelma, lista e inteligente, consiguió conocer muchos nombres de los asistentes a las fiestas en El Monte. No sólo va gente de Slipher City, por supuesto, pero ella eligió a los de esta población, porque sabía que era más vulnerable que otras, debido a su relativa pequeñez y al hecho de que casi todos nos conocemos aquí en mayor o menor grado.

»Un día, Thelma provocó una terrible conmoción, al enviar fotografías comprometedoras a los diez ciudadanos de Slipher City, anunciándoles que tenía los negativos y que exigiría por ellos el pago de una determinada cantidad. Calculo que ella pensaba en diez mil dólares por cabeza, lo que le permitiría recaudar cien mil, cifra más que suficiente para abandonar su “profesión” y establecerse en alguna parte. Y para que no hubiera dudas sobre sus propósitos, y a fin de que nadie pudiera escaparse, decidió trasladarse en persona a esta ciudad, para que la vieran y reconocieran los implicados en el asunto y supieran así que sus amenazas no eran broma.

»El asunto, sin embargo, no permaneció tan oculto como ella creía. Otras personas llegaron a conocerlo y decidieron actuar en su propio beneficio: Andy Batters y Sam Cooper, pero como su actuación, en cierto modo, es marginal y no tuvieron intervención alguna en el asesinato, los dejaremos de lado, para concentrarnos en los culpables.

»Esos diez ciudadanos, al sentirse amenazados, celebraron un conciliábulo, en el que se acordó la muerte de Thelma. Sabían, naturalmente, que iba a asistir al concierto y conocían el número de la butaca que iba a ocupar durante el mismo. Entonces, decidieron preparar el escenario, aguardando al estruendo final de la última pieza. Uno de los amenazados llevó una escalera al telón, por la parte posterior, levantó el trozo que ya había sido preparado con anterioridad, apuntó, disparó, se bajó de la escalera y abandonó el escenario, aprovechando que los tramoyistas, entre bastidores, presenciaban la ovación dirigida a la orquesta, y aplaudían también. Naturalmente, el ejecutor del crimen era persona conocida y a nadie extrañó su presencia en el escenario durante esos momentos. Luego pasó lo que todos sabemos: se descubrió el cadáver de Thelma...

—¿Quién lo hizo, Kent? —preguntó Potts rígidamente.

—Un momento, Harvey, paciencia —sonrió el joven—. Pronto lo sabremos, porque todavía faltan algunos detalles por explicar. Diré, en primer lugar, que el encargado de la ejecución es miembro del consejo directivo y asesor del Concert Hall y encargado de supervisar la parte económica de todas las funciones que se dan allí, lo que significa está en condiciones de conocer la butaca que cada persona ocupa durante una representación o un concierto. Como revisa también las reservas de localidades, supo que una tal Jenny Smith, de San Diego, había encargado la butaca número seis de la fila tercera. Era una perfecta desconocida, pero no se necesitaba ser un lince para adivinar su verdadera identidad, sobre todo cuando Thelma había anunciado que vendría personalmente para entregar los negativos y recoger el dinero, precio de su silencio. Thelma murió de la forma en que se ha descrito... y alguien, a su lado, registró su bolso y se llevó la billetera, creyendo que en ella estarían los negativos, pero sufrió una tremenda decepción, al ver que no encontraba lo que tanto deseaba encontrar.

»Mientras, Teddy Malí, el taxista que la había llevado al teatro, había descubierto su identidad, porque había trabajado años atrás en San Diego, en la misma profesión, la conocía y sospechó lo ocurrido. Entonces, quiso sacar tajada... y se encontró con una bala que cortó en seco sus pretensiones.

»Olga Charteris se dio cuenta de que alguien registraba el bolso de Thelma, pero no dijo nada entonces, atribuyéndolo a una especie de curiosidad femenina o bien una especie de cleptomanía. Thelma parecía dormida y sólo se enteró de lo sucedido al día siguiente, cuando leyó los diarios. Entonces, Olga, cuya fortuna era menos consistente de lo que aparentaba, pensó que podía obtener algún beneficio del asunto, intentó presionar a la ladrona... y se encontró con un cable eléctrico en la piscina, cuando se bañaba. El cable fue arrojado con una piedra, como contrapeso, posiblemente, por la misma mano que arrojó otra piedra a mi casa, con un anónimo. La cosa no había resultado tan sencilla como pareció, aunque, desde luego, todos los complicados respiraron aliviados al saber que Cooper había sido detenido como autor del crimen.

»Fue una acusación falsa, lo reconozco. De lo contrario, ninguno estaríais presente en mi despedida de soltero, tan falsa como la acusación contra Cooper. Uno ejecutó los crímenes, es cierto, pero

los otros son tan culpables como el verdadero autor.

—Y no podrás probarlo, Kent —le desafió Potts altivamente.

—Cuando el asesino se vea descubierto, hablará —afirmó Cayland.

—¿Sabes acaso quién es? —sonrió Pearson desdeñosamente.

—Sí, el mismo que apretó el gatillo, abandonando a su esposa hacia el final del concierto, con el pretexto de inspeccionar el escenario. Pero la mujer del asesino lo sabía también, puesto que su esposo le había contado todo, y ella, para ayudarle, le puso como condición apoderarse de los negativos, para así, en su día, poder extorsionar a sus compañeros de orgías.

—Kent, dinos el nombre de la mujer —pidió Layden.

Cayland fijó la vista en el rostro de Tharston.

—Gus, cuando os visité a ti y a tu esposa, tú calificaste a la rubia muerta de furcia. Lo era, no hay duda, pero tú no tenías por qué saberlo... ni tampoco conocer su nombre, que pronunciaste claramente delante de mí; y si lo sabías, era porque Nancy se había apoderado de su billetera.

Nueve pares de ojos se volvieron para mirar a Tharston, que se había puesto horriblemente pálido.

—Maldito estúpido —dijo Layden entre dientes.

—Aun así, no puedes probar nada —exclamó Tharston, haciendo un gran esfuerzo.

—¿No? —sonrió Cayland—. Hace un momento, has salido de mi casa. Fuiste al cuarto de baño y hasta salías ajustándote el cinturón. En realidad, has ido a mi despacho, en donde encontraste una pitillera, en cuyo interior había unos negativos que ahora, supongo, están en uno de tus bolsillos. Pero te advierto que no son los negativos auténticos, sino los de unas fotografías de paisajes que yo tomé con la cámara que utilizaba Thelma. Ella escondió los negativos en la pitillera, a la cual puso un forro de papel, que no era de origen. Tu esposa se llevó la documentación, pero se dejó la pitillera. Y ahora, cuando la examine la policía, encontrará en ella tus huellas dactilares, aparte de los negativos que tienes encima.

Lisbeth oyó aquellas palabras y se llevó una mano a la boca para no gritar. Conque aquélla era la trampa que Cayland había ideado para el asesino, pensó.

De repente, Tharston, lívido, descompuesto, sacó su pistola y

amenazó con ella a todos los presentes.

—Sí, lo hice yo —gritó enloquecidamente—. Pero todos nos habíamos puesto de acuerdo para eliminarla. Era un peligro para nosotros...

—Y luego pensabas traicionar a tus amigos, con los negativos —dijo Cayland sin inmutarse—. Accediste a ser el ejecutor, pensando en los beneficios que podrías obtener más adelante, porque, desde luego, destruirías los negativos que te comprometían a ti... En fin, el plan de Thelma iba a ser una mina para ti. Y para Nancy, claro.

Tharston movió la mano armada.

—Aparta, Kent. Déjame salir o no respondo de mí...

De súbito, el fornido Layden dio un salto hacia adelante.

—¡Gus, no seas estúpido! Habrá escándalo, qué duda cabe; pero todo se puede arreglar a la larga...

—Sí, se puede arreglar, para vosotros, porque el que apretó el gatillo fui yo —chilló Tharston—. Entre vosotros hay hábiles abogados, que sacarán del fuego sus propias castañas, no las mías...

Layden alargó su mano y apresó la muñeca del enloquecido asesino. El arma se disparó súbitamente. Layden dio un salto hacia atrás y cayó de espaldas, perneando frenéticamente.

En el mismo instante, sonó la voz de Jackeby:

—¡Tharston! ¡Tire la pistola o haré fuego!

El asesino se volvió hacia el comisario, que había aparecido súbitamente detrás del cenador, Jackeby, al ver que Tharston le apuntaba con la pistola, hizo fuego rápidamente. Tharston emitió un débil grito, agitó la mano convulsivamente y cayó de bruces al suelo.

—¡No se muevan! —tronó el comisario—. Están rodeados y no tienen escapatoria.

Varios policías de uniforme, pistola en mano, surgieron de las sombras. Uno de los invitados rompió a llorar. Los demás aparecían completamente abatidos, totalmente derrotados.

Lisbeth respiró aliviada. Todo había terminado, pensó.

Cayland miró a su amigo Jackeby.

—Gracias por dejarme la pitillera —sonrió.

—La idea fue tuya —contestó el comisario—. A mí nunca se me habría ocurrido buscar los negativos en ella.

—Era uno de los escondites posibles —dijo Cayland con

sencillez.

Alzó la vista hacia la ventana, sonrió de nuevo y juntó el índice y el pulgar en círculo. Lisbeth comprendió y agitó levemente la mano.

La fúnebre ceremonia había terminado. Thelma Wanderer había encontrado al fin un sitio bajo tierra. Cayland y Lisbeth abandonaron lentamente el cementerio.

Al cabo de un rato, Lisbeth recordó algo.

—Kent, si mi memoria no me flaquea, hablaste en cierta ocasión de un empleo para mí.

—Sí —admitió él—. Un empleo... Lo único que siento es que fuese una despedida de soltero tan macabra, con dos muertes.

—Fue una fiesta imaginaria —alegó Lisbeth.

—No. Yo estimo que fue real.

Ella se paró de pronto.

—¿Estás hablando en serio?

—Absolutamente.

—Pero yo no soy tu prometida...

—Lo eres, Lisbeth. Y vas a casarte conmigo muy pronto.

—Oh, Kent —se enterneció la chica—. Sabes muy poco de mí...

—Sé lo suficiente. Sé que fuiste lo suficiente fuerte para abandonar un género de vida que no te gustaba y eso me basta. Lo demás... bien, ya no tiene importancia.

Lisbeth se estremeció ligeramente al sentir el brazo masculino en torno a su cintura.

—Kent, haré todos los posibles para que no te arrepientas de tu decisión —prometió.

—Así lo espero —respondió él—. Incidentalmente, hemos recobrado tu bolso y todo el equipaje de Thelma. Estaba en casa de los Tharston. Ella, con tal de conseguir una sentencia benigna, y puesto que su marido ha muerto, lo ha declarado todo.

Lisbeth meneó la cabeza.

—Pobre Thelma... Le perdió su ambición...

Cayland iba a decir que, en realidad, a Thelma la habían perdido los hombres que prostituían a las chicas jóvenes y hermosas, pero pensó que era un tema del que se podía discutir largamente, sin que se llegase a un acuerdo definitivo. Sentía una gran piedad por Thelma, pero era preciso pensar en el futuro.

Al abrir la puerta del descapotable, para que Lisbeth se sentase en su puesto, sonrió y dijo:

—Ahora, cuando lleguemos a casa, tocaré una pieza especial para ti.

—No digas más. La *Marcha Nupcial* —exclamó ella alegremente.

—Mujer, el novio no puede tocar esa pieza; está ocupado en la ceremonia.

—Entonces, ¿cuál es? —preguntó ella, muy intrigada.

—*Juntos y felices para siempre.*

—Nunca la he oído...

—Yo tampoco. Acabo de inventármela —contestó él desenvueltamente.

Lisbeth se echó a reír.

—Es el título más adecuado —admitió.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

